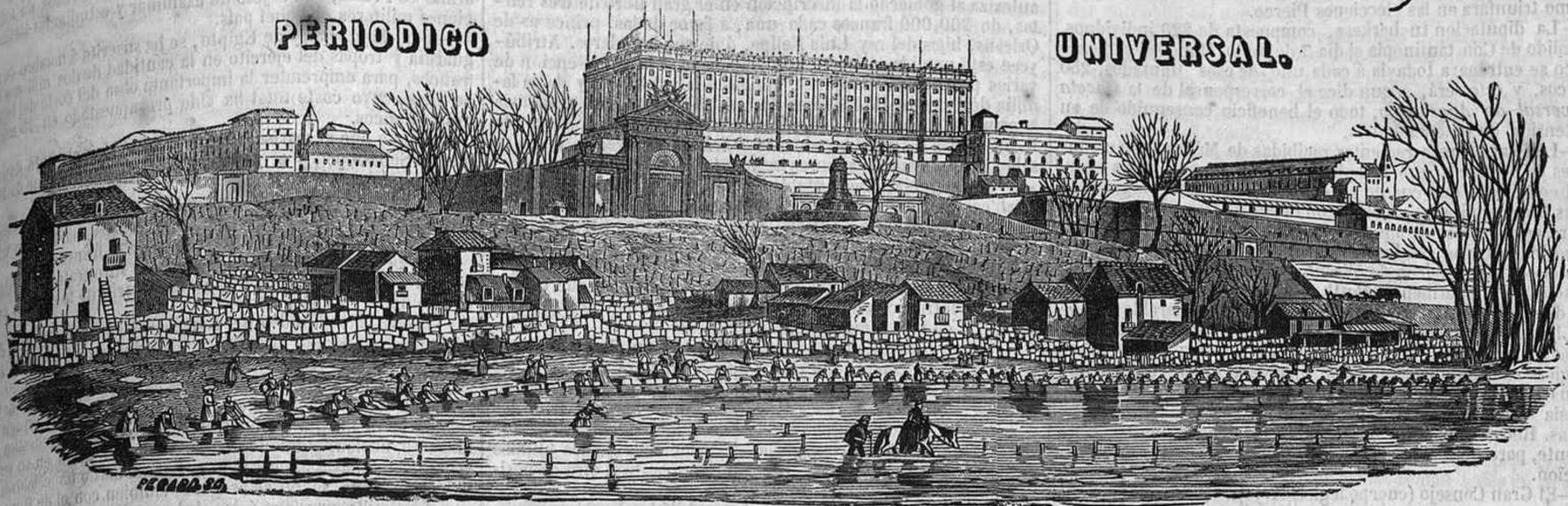


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.  
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.  
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.  
 Numero suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 350 rs.

NUM. 384 — TOMO VIII. — LUNES 7 DE JULIO DE 1856.  
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.  
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

Ilustracion y Novedades en Madrid.	Edicion grande.	Mes 12.	Tres 54.	Seis 66.	Año 150.
	Edicion pequena.	8.	22.	42.	80.
Idem en provincias.	Edicion grande.	20.	50.	95.	180.
	Edicion pequena.	12.	30.	56.	110.

## REVISTA UNIVERSAL.

**Sucesos de actualidad.** Las Cortes han suspendido sus sesiones; la calma se ha restablecido en Castilla; ha corrido la sangre de varias víctimas de la seducción y del engaño.—El país está tranquilo, aunque con el objeto que fácilmente se advierte; no cesan de espírarse rumores alarmantes, que van dejando de producir efecto, al ver que no tienen el menor fundamento.—El cólera se ha desarrollado fuertemente en Sevilla, haciendo numerosas víctimas, algunas de ellas muy conocidas en Madrid.

—El Emperador de los franceses se halla ya en los baños minerales de Plombiers.

—Kipris-Bajá queda definitivamente nombrado embajador del Sultan en la corte de San Petersburgo.

—Previendo la Rusia, que la Persia rectifique sus fronteras, que se unen con el imperio turco.

—A causa de nuevos disturbios ha aplazado el gobierno otomano la publicación del Hatti-Humaium.

—Los tres regimientos de dragones ingleses que se encontraban tiempo há en Constantinopla, van á Atenas para reforzar las tropas de ocupacion.

—Ya ha sido redactado por el gobierno belga la nueva ley de imprenta. ¿Y el *jamás* del ministro en que ha quedado?...

—El Santo Padre ha dado 15,000 francos para socorro de las desgracias causadas en Francia con motivo de las inundaciones.

—Considérase en París como muy probable una visita del rey Othon á dicha capital, visiti que no dejaria de tener cierta importancia política.

—Por cartas recibidas en Marsella procedentes de Constantinopla, séhese que fueron ya definitivamente devueltos á las tropas turcas la plaza de Kars y de Redut-Kalé.

—Ha estallado en Haiti una insurreccion contra el emperador Soulouque. El día 9 de mayo apoderóse un cuerpo de 2 á 3000 insurrectos de la ciudad de Cayes.

—El servicio regular para el transporte de pasajeros y mercancías, en la vía férrea de Lyon al Mediterráneo, ha quedado completamente restablecido.

—Los demócratas en Cincinnati han designado como presidente de los Estados de la Union al Sr. Buchanan y como vicepresidente al Sr. Breckenridge.

—La Reina de Inglaterra socorre á los anegados del vecino imperio con 25,000 francos y con 12,500 su agosto esposo el príncipe Alberto.

—El general Lamarmora, general en jefe que fué del ejército piemontés en Crimea, ha vuelto á encargarse del despacho del ministerio de la Guerra.

—El 21 de junio llegó á París el príncipe regente del Gran Ducado de Baden, y aquel mismo día partió de vuelta para su país, el príncipe Oscar de Suecia.

—En vista de ciertos síntomas de agitacion en las provincias lombardo-venetas, ha pedido el general Radetzky á su gobierno un refuerzo de 30,000 hombres.

—Parece que el almirante Lyons será elevado á la dignidad de Par, en recompensa de sus distinguidos servicios prestados durante la última guerra.

—Las suscripciones á favor de los inundados habian ascendido el 20 de junio en París á mas de

un millon y medio de francos, en Lyon á 800,000, á 200,000 en Grenoble, etc.

—Háse descubierto en Florencia una sociedad secreta, que conspiraba contra el gobierno, y en su consecuencia fueron arrestadas mas de sesenta personas.

—Procedentes de la Crimea han desembarcado en Marsella los generales Salles, Mac-mahon, Bazaine, Delesme y de Lostange. E pérase muy pronto el arribo del mariscal Pelissier.

—Han sido nombrados por el emperador Napoleon senadores del imperio, los generales Salles, Mac-Mahon, el obispo de Marsella y el diputado conde de Barral.

—Sigue tomando consistencia la noticia, de que el Emperador de los franceses tendrá con el de Austria una entrevista en Arenenberg (Suiza).

—De las fronteras de Persia escriben, que Ferah-Khan ha sido nombrado embajador del Schah cerca del Emperador de los franceses.

—Hállase ya de regreso en Constantinopla Vassio Bajá, general en jefe del ejército de Anatolia, que se halló de prisionero en Rusia desde la toma de Kars.

—El Senado de Washington ha dictado disposiciones muy enérgicas para reprimir la guerra civil de Kansas, que cada día toma mayores proporciones.

—Dícese que el gobierno austriaco ha conseguido al fin que Francia é Inglaterra no insistan ya en su empeño de formar de los Principados Danubianos un solo estado.

—Dícese que el emperador Napoleon se propone conceder al conde de Morny y de Persigny, como tambien al ministro Fould, el título de duques.

—En los arrabales de Viena, Erdberg, Gumpendorf y Wieden, han ocurrido varios casos de cólera, y como el año pasado hizo allí tantos estragos, se han alarmado sobremanera sus habitantes.

—El general ruso Kochanoviez, que entregó la plaza de

Kinburn á los aliados, acusado de omisiones y descuidos, ha sido sujetado á un consejo de guerra en Nicolaieff.

—El gobierno británico ha espedido á Malta las órdenes oportunas para el licenciamiento de la legion anglo-italiana. Para evitar toda confusion será enviada á sus casas por destacamentos de 500 hombres.

—Segun el *Morning Post*, el gobierno inglés está dispuesto á someter la cuestion de la América Central á la decision de árbitros, en el caso de que las negociaciones no den ningun resultado.

—El Emperador de Rusia ha puesto en manos de Napoleon III, por conducto del baron de Brunnow, el día 14 de junio, la distinguida orden de San Andrés.

—Sostiénese en Nicaragua el filibustero Walker, y las tropas de Costarica, en vista de no haber sido apoyadas por los naturales, se han retirado á su respectivo territorio.

—A los redactores de los periódicos políticos de Berlín se les ha prevenido de parte de la autoridad competente, de que jamás hagan mencion alguna de las discusiones del Consejo de ministros.

—Escriben de Constantinopla que los cristianos han sido efectivamente admitidos á la procesion de la gran fiesta del Beiram, celebrado en aquella capital, como asimismo al besamanos del Gran Señor.

—Tambien en Holanda han sobrevenido grandes inundaciones fluviales: el Isseel ha destruido por completo el dique de Valger y anegado todo el territorio de Deventer.

—Con el plausible motivo del bautizo del príncipe imperial hánese distribuido de orden del Emperador entre los niños y las niñas que asisten á las escuelas públicas, 120,000 medallas de plata del tamaño de las piezas de 50 céntimos.

—Ya queda embarcado el resto de las tropas francesas en Crimea, compuesto de 23,673 hombres y 7,200 caballos; así como el material del cuerpo de artillería y del de ingenieros.

—Escriben de San Petersburgo, que á causa de la carestía y de las enfermedades reinantes en Crimea, se ha prohibido la entrada en dicha península á toda persona que no sea natural de allí.

—Los protestantes del Gran Ducado de Baden proponen celebrar con grandes festejos públicos el aniversario 300 de la reformation, ejemplo que seguirán otros países de Alemania.

—Para el socorro de los inundados franceses ha remitido el Rey de Cerdeña 20,000 francos, el sumo Pontífice 15,000 y los desterados generales Lamoricere y Badaeu 300 cada uno.

—El mariscal Pelissier habia designado el día 7 de junio, para la completa evacuacion de la Crimea, desde cuya fecha debia cesar toda proteccion militar prestada á los habitantes del país.

—Numerosas han sido las prisiones que últimamente han tenido lugar en París, así como en los departamentos visitados poco há por el Emperador. El día del solemne bautizo del príncipe imperial, ha tenido la policia arrestados hasta 160 individuos en sus respectivas casas.

—Parece que tanto en las filas de las tropas costariqueñas, como entre los soldados de Walker, hace el cólera bastante estrago. Este celeberrimo jefe de filibusteros se encuentra sin dinero ni municiones, y vaga con 360 hombres por la montaña, viviendo del saqueo.

—La eleccion unánime de Buchanan, como candidato del par-



Costumbres de Filipinas.—Riña de gallos.

tido democrático á la presidencia de la república norte-americana, inspira á los periódicos ingleses una esperanza inmediata de que entre ambos países se restablecerán por completo las relaciones pacíficas, temiendo suceda lo contrario, si por último triunfara en las elecciones Pierce.

—La diputación tucherka, compuesta de 220 individuos, ha salido de Constantinopla el día 7 de junio. Mandó el gobierno turco se entregara todavía á cada uno de esos diputados, 250 francos, y esto será, según dice el corresponsal de la *Gaceta universal de Augsburgo*, todo el beneficio conseguido de su pretensión de independencia.

—Las cartas más recientes recibidas de Méjico, están contestes en asegurar, que la opinión pública se pronuncia enérgicamente para que cuanto antes tenga lugar un Congreso de todas las repúblicas españolas, con objeto de tratar acerca de los intereses generales de aquellos Estados, y á la vez concertar las disposiciones más conducentes para oponerse á los designios ambiciosos del gobierno de Washington.

**Religion.** Escriben de Pesth (Hungria), que hace ya algunos días se encontraba en aquella ciudad un venerable monge que llama extraordinariamente la atención pública. Lleva sandalias, y en el hábito una cruz con la leyenda *Passio*. Este religioso es nada menos que lord Spencer, quien renunciando á sus inmensos bienes de fortuna, se refugió al seno de la Iglesia católica, y pertenece en el día al orden de PP. pasionistas. Recorre con autorización del Santa Padre nuestro continente, para promover el establecimiento de cofradías de vela y oración.

—El Gran Consejo (cuerpo legislador) del Canton de Tessino, ha dado su asentimiento á la proposición formulada por el poder ejecutivo cantonal, para que cuanto antes tenga efecto la emancipación de ese Estado de la diócesis de Como, estimulándole á la vez prosiga con toda la energía posible para dar á este asunto mas pronta y definitiva solución. Por último le manifiesta, que si el Santo Padre se negara á esta segregación, se acudiría al Consejo federal, para por su conducto é intervección conseguir al fin el objeto propuesto.

—Los protestantes cismáticos de la Haute-Vienne, de los dos departamentos del Charente y del de la Dordogne, han acudido al emperador Napoleón con una petición, encaminada á que se les permita el libre ejercicio de su respectivo culto. El Soberano ha enviado dicha exposición al ministro del ramo, recomendándole muy eficazmente su pronto despacho. Se cree que muy luego se autorizará la reapertura de las iglesias de este culto, que hasta ahora no había aún sido reconocido por el gobierno del Estado.

—Después de haber corrido rumores los mas contradictorios, y despertados á la vez polémicas y controversias en cuanto concierne al proyecto de un Concordato entre el Gran Ducado de Toscana y Roma, sábase ya con bastante certeza que tamaño acuerdo ha fracasado, en lo que principalmente ha influido, á lo que parece, el gobierno francés.

**Instrucción pública.** El 31 de mayo último celebró la Academia imperial de Ciencias de Viena su sesión general de todos los años, en la cual tomaron parte las personas mas eminentes, que en el campo del saber encerraba á la sazón aquella capital. Vimos, dice un corresponsal que presenció aquel acto solemne, á todos los señores ministros, á la mayor parte de los príncipes de la Iglesia del Estado, congregados entonces en Viena, para el sínodo general, las autoridades civiles y militares, y todo el cuerpo diplomático. El protector de la Academia, S. E. el señor ministro del Interior, baron de Bach, abrió la sesión con uno de esos discursos brillantísimos que suele pronunciar, en el cual, encareciendo los méritos de este distinguido instituto, aseguró que S. M. I. continuaría prestando su protección especial, habiendo dispuesto por de pronto que, tan luego como el edificio de la universidad de Viena fuese evacuado por las tropas, alojadas hoy día en él, se pondría á disposición de esta corporación. En seguida S. E. el baron de Baumgartner, presidente de la Academia, desenvolvió en un discurso la importancia del calor, como equivalente mecánico. Acto continuo puso de manifiesto los servicios prestados por la Academia durante el año pasado, terminando el Dr. Burg la sesión con un discurso, en el cual esplicó con extraordinaria lucidez la influencia de las máquinas en general sobre las circunstancias sociales.

—Existen en el día en el imperio austriaco las universidades siguientes: la de Gratz, fundada en 1826; Innsbruck, 1826; Cracovia Lemberg, 1816; Olmutz, 1827; Pádua, 1225; Pavia, 1363; Pest, 1465; Praga, 1348; y la de Viena, creada en 1365. Hay además academia de jurisprudencia independientes en Agram, Debr-czin, Hermanstadt, Kaschau, Klausenburgo y Presburgo.

**Jurisprudencia y administracion.** La Cámara de los Lores de Inglaterra acaba de desechar por 120 votos contra 78 el principio de admisión de los israelitas en el Parlamento.

—Por cartas recientes recibidas de Constantinopla sábase, que la Puerta ha renunciado, temiendo nuevos desórdenes, á la promulgación del *hatti-humaiun*.

—Han comenzado ya los trabajos preparatorios para establecer una legislación común á todos los Estados de la Confederación germánica, hallándose fuera de duda que el Código de Comercio de París formará la base del futuro derecho comercial alemán, pues los legisladores se encuentran en un todo conformes con los excelentes principios de esta obra legislativa de Napoleón I.

El jurado de Rottweil (en Wurtemberg) ha sentenciado últimamente á ocho meses de reclusión á un semi-cretino de 22 años de edad, por haber arrancado violentamente á una muchacha en la calle un bollo, que cuando mucho valía dos cuartos.

—Dice un periódico alemán: «Con cada día que pasa, pónese mas de manifiesto de que la amnistía última, que el Czar ha concedido á la Polonia, es obra asaz ficticia y quimérica en sus efectos. Está visto que la Rusia, lo que principalmente ha buscado fué ostentar sentimientos de magnanimidad. Hasta la *Gaceta de Colonia*, que en un principio, ni menos halló palabras para dignamente enaltecer tamaño acto, confiesa ahora que los beneficios del mismo comprende á lo sumo personas de avanzada edad, ó que en el extranjero no podían proporcionarse una subsistencia regular. Por último, tienen los representantes rusos en los diferentes estados europeos órdenes reservados, para la concesión de los pasaportes necesarios para regresar los amnistiados á su patria.»

—El Senatus Consultos, relativo á la organización de una regencia, presentado por el ministro Baroche al alto cuerpo

legislador del imperio francés, ha sido aprobado por este por 60 votos contra 56.

**Economía política.** El Consejo de Estado del vecino imperio acaba de aprobar el proyecto de ley, en virtud del cual se autoriza al gobierno la inscripción en el gran libro de tres rentas, de 200,000 francos cada una, á favor de las princesas de Orleans, hijas del rey Luis Felipe, ó de sus herederos. Atribúyese esta medida dictada por Napoleón, á la intervención de varias potencias extranjeras, amigas á la vez suyas y de la familia de Orleans. De las hijas de Luis Felipe solo existe todavía la princesa Clementine, casada con el príncipe de Coburgo; la Reina de los Belgas y la princesa María han fallecido, como se sabe; pero de ambas señoras existen hijos.

—Las negociaciones entabladas con el gobierno ruso para el establecimiento de un Crédito Moviliario ruso han fracasado. El Crédito Moviliario de París, el banquero ruso Stieglitz, con otros varios de Viena, entre ellos el banquero Sina, habían hecho proposiciones brillantísimas; mas á pesar de todo no han merecido la aprobación del gobierno moscovita, porque quiere evitar se entronice en el país una influencia financiera tan poderosa, y de tanta trascendencia.

—El establecimiento de Crédito creado en Constantinopla por Rayard ha comenzado ya sus operaciones.

—Con los ahorros que resultan para el erario nacional de Francia, con los numerosos licenciamientos temporales en los cuerpos del ejército, cree el gobierno poder cubrir los gastos extraordinarios que reclaman las devastaciones de los últimos desbordamientos, sin recurrir á un empréstito ú otra disposición financiera.

—Bajo la pena de confiscación ha prohibido el gobierno ruso pase persona alguna las fronteras del imperio con papel ó valores del Estado, sea de la clase que quiera.

**Comercio.** Habiendo el gobernador general ruso de Crimea ordenado, que las mercancías que había en Kamiesch y en Balaklava, debían de pagar los derechos de aduana en Kaffa ó en Eupatoria, renuncian los comerciantes á permanecer en dicha península, y van á marcharse todos.

—La esportación de granos, mediante el pago de derechos fijados por el decreto del mes de abril próximo pasado, ha sido prorogada por el rey de Nápoles hasta mediados del presente mes.

—El Emperador de Rusia ha enviado á Berlin, al consejero de Estado Sr. de Brandt, con objeto de ponerse de acuerdo con el gobierno prusiano, acerca de las cuestiones de comercio de aduana. Créese que la Rusia no haría concesión de importancia: así al menos lo ha manifestado el gobierno prusiano por medio de sus órganos oficiales, con objeto de que el comercio no se entregue á grandes esperanzas.

—Escriben de Marsella que el precio de los cereales se sostiene bastante en aquella plaza, á pesar de la poca animación en la venta de las existencias en aquel mercado.

—El *Moniteur* publica un decreto, que fija el derecho de importación para cada clavo de especia procedente de las colonias francesas en 30 céntimos por kilogramo, y el respectivo al cacao á 75 francos por cien kilogramos.

—En una venta pública al mayor postor, de negros, en una de las primeras ciudades de los Estados-Unidos, subió el precio medio de la gente de color á 1,400 dollars.

—A la *Gaceta universal de Augsburgo* escriben de Polonia: «El alza de los cereales va tomando cada vez mayor incremento en este país, habiendo ya ahora alcanzado una altura, como las personas de mas edad jamás han conocido. Por dos quintales de centeno se paga de 50 á 55 florines; y el trigo candeal cuesta de 6 á 8 florines mas.»

**Agricultura.** Hé aquí un nuevo procedimiento, que para la extinción de la enfermedad de las patatas, propone un aventajado agricultor del Canton de Berna en Suiza: «Desleído perfectamente en agua hirviendo una octava parte de libra de deutro-sulfato de cobre, se unirá este líquido á mas 40 azumbres de agua clara, con la cual se regará por la mañana en tiempo del rocío, las matas enfermas. Dos días después se repite esta operación á las doce de la mañana, cuando las matas están completamente secas, con agua clara echando en 40 azumbres un cuarteron del indicado vitriolo. El primer rociamiento, con cantidad inferior de la enunciada droga, tiene la ventaja que el segundo, mas fuerte, ya no infiere daño á la planta, siendo pues muy esencial el primero. Dado que la enfermedad, se haga ya ostensible, cuando la planta está en flor se tomará menos vitriolo y se verificará el rociamiento tres veces. Sepuede, si se quiere, hacer la prueba en alguna que otra planta para averiguar la cantidad que mas convenga, pues á las 24 horas ya se conoce el efecto. El resultado de este procedimiento es, de que no solamente se mantienen las matas muy lozanas, sino que aun los tubérculos salen mayores y de mejor gusto. Para el rociamiento de las plantas inficionadas sírvase el mencionado labrador de una regadera de construcción especial, y cuyo coste asciende próximamente á 12 francos.»

—Escriben de Argel que las grandes perforaciones practicadas en la Sahara, á fin de proporcionarse agua para el regadío de los campos, han sido coronadas de un éxito sorprendente, pues hay fuentes que manan hasta 3,600 litros de excelente agua por minuto. Son inmensas las ventajas que á los agricultores reportarán estos copiosos manantiales.

—Tanto en la Lombardia como en el Piamonte, continúa el precio de los capullos de gusanos de seda en alza. En Nápoles sufrieron los gusanos muchísimo en su cuarta transformación. En Roma y Sicilia se presenta la cosecha muy satisfactoria.

**Noticias militares.** El mariscal conde de Radetzky, que manda en jefe todas las tropas austriacas en Italia, contará bajo sus órdenes 120,000 hombres dentro de poco, el cual ha pasado una revista de inspección á todas las fortalezas de Mantua, Verona, etc., en donde se han renovado todos los viveres. Hábase proyectado fortificar también á Milan; pero el dictamen de la comisión de ingenieros, que pasó á inspeccionar aquella plaza, ha sido contrario á la fortificación por creerla enteramente inútil.

—A fines del mes de julio debe el emperador de Austria, según escriben de Viena, visitar sus estados de Italia, en cuya ocasión habrá en el triángulo que forman las plazas de Milan, de Como y de Varesse, grandes maniobras doctrinales, mandadas por el Emperador en persona, acompañado del general Radetzky y del general de artillería, baron de Hess.

—El emperador de Rusia ha enviado al de Francia el modelo

de un cañon, fundido y montado bajo el sistema inventado por este, y que ha sido definitivamente adoptado por la artillería rusa.

—Hállanse á la sazón comisiones de oficiales rusos de todas armas en Prusia, con objeto de examinar y estudiar las instituciones militares de aquel país.

—Said-Bajá, virey de Egipto, se ha suscrito á nombre de su guardia y tropas del ejército en la cantidad de dos millones de francos, para emprender la importante obra del corte del Istmo de Suez, cuyo coste total ha sido presupuestado en 45 millones de francos.

—Dícese que el mariscal Pelissier obtendrá el título de duque de Sebastopol, y el mariscal Bosquet el de duque de Malakoff.

—El presupuesto de la guerra de la Confederación Suiza, que en 1839 había importado 96,050 francos, ha tomado tales creces, que en el día asciende á 1,428,279 francos.

**Navegacion.** Parece que el gobierno ruso trata de establecer el tipo del *Lloyd* de Trieste.

—Los Estados-Unidos del Norte-América, atendiendo al desarrollo manifestado por el gobierno de Dinamarca, respecto á la prórogación del tratado relativo al peaje del Sund de 20 de abril de 1826, se han convenido á ello, por el término de un tiempo ha de quedar definitivamente arreglada esta cuestión de nación á nación, siguiendo entre tanto las cosas en su ser y gobierno danés, según se asegura, también con el de Rusia.

—La flota prusiana á las órdenes del príncipe Adalberto ha dejado las aguas de Dantzig, marchando una parte á las embocaduras del Danubio.

—Ha llegado á Viena el primer buque bávaro, aprovechando la libre navegación del Danubio, con rumbo para Galatz.

**Estadística.** La superficie total de los Estados Pontificios es de 41,435 kilómetros cuadrados: la extensión de su frontera con Nápoles cuenta 123, con Toscana y Módena 340, la de Venecia 120, y las marítimas 743 kilómetros. Las contribuciones que gravitan sobre el pueblo, ascienden á 5,465,265 liras anuales, de cuyas cantidad absorbe el ejército nacional 8 millones y medio próximamente y 4 y medio los Regimientos extranjeros que se hallan al servicio del Sumo Pontífice. La población consta de 3,200,000 almas, de cuyo número 4,000 individuos alcanzan anualmente la edad que los sujeta al servicio de las armas, de los cuales son llamados emperro tan solo 2781.

—Con una población de á lo sumo 25 millones de almas, según el censo mas reciente, cuentan los Estados Unidos una superficie de mas de 3 millones de millas cuadradas inglesas, 1,300 acres de tierra son aún baldíos. La población crece bastante, sobre todo en la parte occidental de la República, y alguna que otra parte de esta propia region, en términos casi fabulosos; así sucede, por ejemplo, con la ciudad de Chicago, cuya población ha tenido en el discurso de 10 años, un crecimiento de 4,000 á 85,000 almas. El Estado de Wisconsin, ó Quisconsin, en 1834 un territorio absolutamente inculculto, y habitado tan solo por indios semi-salvajes, cuenta en el día mas de 600,000 habitantes, mientras que Iowa, con una superficie de 50,000 leguas cuadradas, cuenta con las tierras una población de mas de 400,000 almas. De Iowa producen ya unos 2 millones de bushels de maiz, y podrá con el tiempo este mismo Estado esportar hasta 100 millones de bushels de trigo. (1 bushel=7,89 de celemin). El territorio de Minnesota, cerca del nacimiento del Missisipi, tiene en el día ya una población de 40,000 almas. ¿A quién debe, pues, todo el Occidente, de consiguiente también Ohio, Indiana, etc., tan portentoso desarrollo? A las cuatro quintas partes de inmigrantes europeos, que en su mayor parte son alemanes.

**Obras públicas.** Hace poco fué reconocido por el almirante príncipe Adalberto de Prusia acompañado del contra-almirante Schroder y otros individuos de la propia facultad, el terreno que en la isla de Rügen se adapte mejor para el establecimiento de un puerto militar prusiano, reconocimiento que ha conducido á un resultado muy favorable. De los dos proyectos de establecer el puerto en cuestión, ó en la península Mönchgut, ó en el punto denominado Jasmund, ha merecido el último la elección del príncipe, habiéndose incontinenti acometido los trabajos preparatorios respectivos. La estrecha lengua de tierra *Scheaabe*, que en direccion Norte separa la tierra del mar, será cortada en su extremo sud, dándose así entrada al puerto. La naturaleza de la costa es allí sumamente favorable para la fortificación del puerto. Mas ventajoso aún, preséntase el proyecto á causa del fondeadero, pudiéndose además poner en comunicación el lago que se halla en la península, saliente de Mönchgut con el alto mar. Del todo independiente á este puerto, hace construir ahora el gobierno un puerto para en los tiempos temporales servir de abrigo á los buques mercantes.

—El gobierno ruso ha dictado ya las disposiciones oportunas para la reedificación completa de Sebastopol. Las obras de fortificación de Nicolaieff han sido ya en su mayor parte robustecidas con otras nuevas.

—El día 24 de junio se reunió en París en junta general la comisión de ingenieros europeos que habían marchado á Egipto con objeto de estudiar las obras que deben ejecutarse para la apertura ó corte del istmo de Suez. Al ministerio de marina francés representaron en aquella reunion, el contraalmirante Rigault y un capitán de marina. A propuesta de Mr. Lesseps, también asistió tambien dos oficiales de la marina británica. Tambien el ministro de obras públicas de Cerdeña, el caballero Polleca, ha llegado á París con el objeto de asistir á esta conferencia.

**Caminos de hierro.** La longitud total de las líneas férreas inglesas en explotación, ascendió á fines del primer semestre del año próximo pasado á 8115 millas, y á 8296 al terminar el segundo semestre del propio año. En estos mismos seis meses últimos de 1855, han circulado por los ferro-carriles 66,779,985 viajeros, lo que da un aumento de 8,567,524 de los pasajeros del semestre final de 1854, han sido de tercera primera clase, 21,975,443 de segunda, 13,074,094 de tercera. El peso de las mercancías comunes transportadas subió á 12,335,827 toneladas, y á 18,090,030 toneladas el de las minerales. Los productos que en el último semestre de 1854 habían importado 10,791,121 libras esterlinas, ascendieron en el mismo de 1855 á 11,613,550 libras, cuya cifra se descompone

en la forma siguiente: los productos de pasajeros, paquetes y equipajes 6,013,607 libras, los de mercancías en general 3,724,292, los de mobiliario 244,269 y los de minerales 1,651,382.

—A la nación húngara se señaló la cuota de tres millones de florines para las suscripciones de acciones de la línea férrea del Theiss, y hé aquí que han resultado hasta 30 millones.

—La Cámara de diputados del reino de Baviera ha decretado por 81 contra 42 votos, la negociación de un empréstito de 9,700,000 florines, para el establecimiento de una vía férrea entre Rosenheim y Salzburgo.

—Tal como los especuladores ingleses tienen fija su vista en la navegación fluvial del imperio ruso, la tienen á su vez los capitalistas franceses en las líneas férreas que el gobierno ruso trata de establecer en todas direcciones de aquel vasto imperio. Mr. Pereire ha enviado una comision de ingenieros para examinar las circunstancias locales respectivas á las principales vias proyectadas. El gobierno ruso, para no ser víctima de los especuladores sobralemente ávidos, ha enviado al extranjero hombres peritos que estudien con detenimiento los diferentes sistemas, y contratos celebrados en casos análogos.

—Telegrafos. La Cámara francesa ha aprobado una ley, en virtud de la cual queda modificada en muchos puntos la telegrafía privada interior.

—Las líneas telegráficas francesas, poniendo en contacto entre sí á 200 ciudadanos, con una estension total de 11,000 kilómetros, cubrirán ya en el presente año todos los gastos, y segun todas las probabilidades, resultará en el año próximo venidero un beneficio líquido á favor de la renta respectiva, de un millón y medio á dos millones de francos.

—Los ensayos practicados últimamente en Turin con el telégrafo de locomotiva, inventado por el célebre Sir Bonelli, han dado altamente satisfecha á la comision examinadora que habia nombrado el gobierno piemontés.

—Minas. El vapor Illinois, que trajo noticias á Nueva York de California, cuya fecha alcanza hasta el 5 de mayo próximo pasado, condujo á bordo hasta 9 millones de francos en oro, lo cual prueba el pingüe y constante rendimiento de las minas californicas. La actividad en la fábrika de moneda en San Francisco, continúa asimismo siendo muy grande. En una sola semana, dice el *Echo del Pacífico*, hicieronse 491 d'pósitos de oro, con un peso total de 43,000 onzas, valor de 775,000 dollars. En la propia semana habíanse acuñado por un millón 200,000 dollars, monedas de oro, y de plata, valor de 22,000 dollars (44,000 piezas). Las noticias que de los distritos mineros se van recibiendo son fabulosamente favorables. En el distrito de Columbia solo se explotó, desde el 20 de marzo hasta el 18 de abril, una cantidad de oro, que representa un capital líquido de 400,000 dollars. (Un dollar=20 rs. y 20 mrs. vn.)

—Medicina. Leemos en un periódico de medicina que se publica en París, el siguiente caso especial: «Varios soldados del regimiento de línea núm. 64, al cabo de tres semanas de encontrarse en Neufchateau, departamento de los Vanges, de regreso de Balakava, víéronse casi súbitamente atacados del tifus de Crimea. M. Garcin, médico del hospital de Neufchateau, que asistia á estos enfermos, ha escrito sobre este caso especial una memoria, que á juicio de los hombres de su propia facultad, nada contiene justamente de muy extraordinario. El asunto es que los enfermos todos, en número de diez, se encontraron en estado de reconvalencia, despues de unos 16 dias. M. Garcin atribuye la esperanza que todos se restablecerán por completo, á la esperanza, no tanto al tratamiento empleado, sino mas bien al alejamiento de lugar de infeccion, y quizás tambien á la influencia del aire natal.

—Etología. Los mormones de Utah, constituidos desde el 6 de abril proximo pasado en estado, han elevado al gobierno de los Estados Unidos una peticion, acompañada de una extensa memoria, pretendiendo su anexion definitiva á dicha república. El *Republican*, periódico que se publica en Saint Luis, presenta en sus columnas la constitucion del nuevo Estado. Es muy concisa y por demás sencilla, sin hacer mencion alguna en cuanto al asunto de los esclavos. Se tolerará en el país todas las confesiones religiosas: sin que tampoco consigne dicha ley fundamental, artículo alguno en cuanto á la poligamia, tan preconizada por esa nueva secta político-religiosa.

—Zoología. Acerca de la raza de los carneros y ovejas denominada *caramanlis*, que se trata de aclimatar en Francia, dice un individuo de la *Société Zoologique* de París lo que sigue: «Esta raza lanar, que lleva el nombre de *caramanlis*, procede de la Caramania, gran provincia de la Turquía asiática en el centro del Asia menor (antigua Capadocia) al E. de la Anatolia, hoy dia completamente desmontada y convertida en inmensas llanuras, que recorren las tribus turcomanas nomadas con innumerables rebños. Distinguese esta casta de los carneros europeos, sobretodo por el enorme volumen de su cola, cuyo peso asciende á cinco ó seis kilogramos. Por lo demás su lana es bastante vasta, sirviendo solamente para la fabricacion de alombros y otros tegidos burdos. Los pastores les dan una cantidad muy notable de sal.»

—Literatura. Hé aquí cómo el redactor de un periódico político y literario de los Estados Unidos se despide de sus lectores: «que suso ibe se retira de sus faenas periodísticas, intimamente convencido, que todos sus esfuerzos y desvelos son de todo punto inútiles. Desde el primer momento que empezó á publicar su diario, hasta el último dia de su existencia, fué objeto de constantes sugerencias para que sobre tal, ó cual objeto, escribiera relatos desfigurados y mentirosos; no pudiendo por nada desnuda y verdaderamente provechosa, fué siempre en todo tiempo soportar una situacion tan violenta y mentida, se completa restablecimiento.» Le deseamos un pronto y completo restablecimiento.

—En Utrecht se ha abierto un certámen, en el que obtendrá el premio señalado, el autor de una memoria que satisfaga con la claridad y brillantez el tema siguiente: «¿Qué influencia tiene la literatura y ciencias, con la publicacion de obras de diferentes autores extranjeros, obras que allá en su respectivo país no pudieron dar á luz por las restricciones de imprenta?»

—En el campo de la prensa política y literaria desplega la actividad asombrosa, cuya influencia inmediata, no debe que-arse desapercibida. No tan solo la proporcionado el gobierno

ruso á su órgano, que con el título *Le Nord*, publica en Bruselas nuevos recursos de todas clases, sino que recluta, tanto en Francia como en Alemania, plumas autorizadas, para bajo la inmediata influencia y direccion de los embajadores escribir nuevos periódicos, designándose por de pronto como puntos preferentes de publicacion: á las principales ciudades del Rhin, á Francofort sobre el Mein, á Leipzig, Stuttgart, Viena, Berlin, Praga y á Pesth.

—Música y teatros. Con el plausible motivo del bautizo del príncipe imperial de Francia, hubo en todos los teatros de París funciones gratuitas, en las cuales, como de costumbre, se ejecutaron cantatas alusivas. Mery y demas poetas, oficialmente asalariados, escribieron al efecto sobre el conocidotema *El rubio niño Jesus*, diferentes composiciones.

Hé aquí la que por ejemplo Roger y Bonché cantaron en el Teatro de la Opera.

*Blonds Séraphins; joyeux Archanges,  
Venez aujourd'hui parmi nous,  
Accourez chanter les louanges  
D'un Enfant devin comme nous.  
Aux sons de l'Orgue et de la Lyre  
L'Encens parfume les autels,  
Dans leurs transports, ah! quel delire!  
Vient animer tous les mortels.*

—En el Teatro de la Opera se ejecutaron las *Visperas sicilianas*, de Verdi: en el teatro de ópera cómica, el espectáculo se componia de las óperas *Ricardo*, *corazon de Leon*; *Las bodas de Juanita*: en el Teatro Lírico ejecutáronse las óperas: *Si j'étais roi* y *Bonsoir voisin*.

—Ha tenido el honor de hacerse oír de la familia real de Prusia en Potsdam, la cantante española Señora Anglés Fortuni, de Madrid.

—La nueva ópera titulada *I Romani in Pompejano*, compuesta por el maestro Rota, ha obtenido en Trieste un éxito tan inmenso, que el autor fué durante la representacion hasta treinta veces llamado á la escena.

—A la gran fiesta de cantores que á principios del presente mes ha tenido lugar en Strasburgo, concurrieron hasta 30 coros, con un personal de unos mil individuos en un todo. La fiesta fué bajo todos los conceptos gran lisa y de sublime efecto.

—El escenario del nuevo teatro de verano en Berlin tiene de fondo 40 pies y 44 de ancho. En la casa, que mide 100 pies de largo y 60 de ancho, caben unos 1,500 espectadores. La construccion del mismo empezó en el dia 3 de marzo y el 7 de mayo ya estaba del todo concluido.

—Neologías. A principios del mes próximo pasado murió en Aquisgran el general inglés Sir James Macdonell, á la edad de 83 años. Habíase señaladamente distinguido en la batalla de Waterloo, y estaba condecorado con la gran cruz de la orden del Baño; fué comandante de la de los Guelfos, y caballero de la militar orden de María Teresa.

—El dia 4 de junio falleció en Baden Carlos Luis, baron de Furstenwaerther, consejero áulico del emperador de Austria, jefe propietario del regimiento de infantería núm. 56. Contaba 67 años de servicio y 87 de edad.

—Samuel Gurney, el inventor de los carruajes de vapor, jefe de la casa Overend, Gurney y compañía en Londres, ha fallecido el dia 5 de junio.

—Federico Rohmer, muy ventajosamente conocido en el mundo literario alemán, ha dejado de existir en Munich el dia 1 de junio.

—Acaba de fallecer en París el príncipe reinante de Monaco, Florestan I: su sucesor es el duque heredero de Valentinois, nacido en 1818.

**La piedra que vira.**

Una tradicion popular conservada por la religion es causa de una ceremonia que ha tenido lugar poco ha en las cercanías de Avallon (Morvan).

En uno de los sitios mas salvajes existe un monasterio que se cree perteneciente á la orden de la Trapa. A orillas de un camino pedregoso que conduce al monasterio, se ve una piedra enorme que descansa sobre un peñasco. Supónese que esta piedra gira cada cien años. Hé aquí la tradicion que proviene de una antigua leyenda.

Los religiosos del inmediato monasterio celebraban el 27 de setiembre último la inauguracion de una estatua de la Virgen colocada sobre aquella piedra. Mas de cuatro mil personas y de doscientos clérigos de las cercanías asistían á esta ceremonia.

El conde y la condesa de Montalembert, y otras notabilidades del país se hallaban presentes en primera fila. El octogenario conde de Castellux se habia hecho conducir de la distancia de cuatro leguas á la piedra que vira por cuatro criados, porque los caminos no eran practicables para coches ni caballos.

Un dominico predicó; la bendicion tuvo lugar en seguida, y el público se abalanzó á besar la roca, retirándose despues en silencio.

Un accidente un poco grotesco ha coronado aquel acto religioso. Un sacerdote apareció sobre la piedra que vira; y dirigiéndose á la multitud, grita: «La condesa de Montalembert ha perdido su reloj; al que lo presente se le dará una buena recompensa.»

**COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA**

DE LA IGLESIA VOTIVA EN VIENA.

Era una mañana sumamente deliciosa, cuando el 24 de abril próximo pasado comenzaba á sentirse en todas las calles de Viena una animacion extraordinaria. De donde quiera, acudia gente y mas gente al sitio en que debe erigirse la iglesia votiva para la cual habia la nacion votado, contribuido con medios en términos muy esplén los. *Viribus unitis*: con esta enseña de su amado soberano, apresuróse el pueblo en contribuir para la grande obra, destinada á perpetuar la memoria de haberse Francisco José librado tan felizmente de las manos de un asesino perverso. Millon y medio de florines produjo la respectiva cues-

tacion, y antes de cumplirse los tres años, pudo verificarse el acto solemne de colocarse la primera piedra de tan sagrado monumento. El sitio del grande pórtico, que algun dia debe dar entrada á ese santuario, estaba designado con un vestíbulo provisional, engalanado con riquísimas colgaduras y primorosas guirnaldas de flores. En ambos lados de la puerta habia cuatro nichos, ocupados con otras tantas estatuas blancas representando los primeros santos patronos de los individuos de la familia imperial, á saber: Francisco, José, Sofía, Isabel, Maximiliano y Leopoldo.

Con sumo ingenio, arte y gusto estaba convertido el emplazamiento del templo, en un florido jardin, adornado con estandartes, de los cuales dos, colocados en astas mas elevadas, indicaban las dos torres que tendrá la iglesia. Otros astiles, en número de 24, que interpolados con 90 gallardetes, empavesaban las banderas de los diferentes reinos y provincias del imperio, señalaban los puntos cardinales de la planta del edificio.

En el extremo del espacio que ocupará el templo, y en donde viene á parar el coro y presbiterio, sitio á la vez en que habia de verificarse la ceremonia de colocarse la primera piedra, descollaba sobre el altar provisional, una grande bandera con los colores imperiales. A toda esta magnificencia agréguese aún la grande tienda de campaña en que fulguraban los adornos dorados al brillo del sol, y lo propio en las demás pequeñas tiendas, destinadas para el séquito de la corte. Delante de la tienda imperial, habia un precioso dosel de terciopelo carmesí, adornado de banderolas, cuyos astiles tenian todos en su parte superior coronas imperiales de oro.

Iban poco á poco llenándose las localidades con los concurrentes invitados, que constituian lo mas distinguido que la capital encerraba á la sazón, vestidos de rigurosa gala. Allí víéronse los primeros dignatarios del imperio, los príncipes de la Iglesia, los generales del ejército, los jefes de los cuerpos que guarnecen la capital, las autoridades locales, etc., etc. Sobre las 9 llegó la guardia imperial, que iba á dar el servicio cerca de la familia imperial; á las 9 y media se presentó el archiduque Maximiliano, de allí á poco los demás individuos de la familia imperial, y á las 10 anunció el son del himno nacional, el toque de los tambores y cornetas, la llegada del Emperador, que, acompañado de su augusta esposa, fué recibido por el hermano de S. M. Vinieron S. M. en un magnífico coche de gala tirado por seis caballos. El Emperador iba de uniforme de feldmárischal, y la Emperatriz llevaba un vestido de seda azul celeste, guarnecido con encajes blancos, sombrero de este mismo color y una manteleta en forma de pañuelo. En la puerta, 6 mas bien arco interior, recibieron al Emperador en su oratorio respectivo y colocados en dos filas, todos los prelados que se encontraban en Viena.

Comenzó, pues, la ceremonia de colocarse la primera piedra, pronunciando el cardenal arzobispo de Viena un discurso oportuno, y firmada en seguida por el Emperador el acta de la fundacion del templo, procedióse al ceremonial de colocar la primera piedra, en la forma que se acostumbra en estos casos. Dicho document habia sido firmado ya el dia anterior por la Emperatriz, y todos los individuos de la familia imperial que residian justamente en la corte en aquella ocasion por el cardenal-pronuncio, todo el episcopado austriaco, la comision directiva de las obras de la iglesia votiva, el arquitecto Enrique Ferstl y el maestro mayor. El acta, que fué redactada por el vice-presidente de la Academia imperial de ciencias, Teodoro de Karjan, y leído por el secretario de la enunciada comision, se halla concebida en los términos siguientes:

«Hoy dia del gran mártir San Jorge, año de gracia de 1856, háse puesto por manos de José Otomaro, cardenal y príncipe arzobispo de Viena, esta primera piedra, para que sobre ella se edifique una casa del Señor, que á la mas remota posteridad sirva de monumento de gratitud á todos los pueblos de este vasto imperio, cuyo Soberano, el Omnipotente, escuchó en las horas de inminente peligro.

«Llévandola en su corazon el monarca del imperio austriaco Francisco José I el Justo, inliere hoy, aniversario de su himeneo, los primeros martillazos sobre esta piedra fundamental, en prueba con intima complacencia, segun la lo que el íntimo cariño fraternal promoviera, y la veneracion de su pueblo hubiese llevado á feliz término.

«Sirva, pues, este edificio de testimonio á los siglos venideros, de como el pobre y el rico, el encumbrado y el de humildes condiciones, escucharon el no de placer el fundador de este templo, el archiduque Fernando Maximiliano, al tratarse de acometer de consuno, y si Dios quiere llevar á feliz término, esta obra de gratuita pialosa y de amor.»

Atestiguan haberse colocado esta primera piedra los firmantes.

En el cilindro de metal, encerráronse además de esta acta, una moneda de oro de cuatro ducados, una de un ducado, una moneda de plata de á dos florines, una de un florin, una de 20 creutzers de plata tambien, y por ultimo, diferentes pequeñas monedas de plata y cobre, de cada clase una.

La piedra primera habia sido poco antes traída de Jerusalem. El jóven arquitecto, Sr. Endlicher, á quien el gobierno habia enviado á Jerusalem con la comision de dirigir la construccion de un hospicio para el albergue de peregrinos, tomó el encargo de proporcionar esta piedra y de remitirla con la mayor prontitud posible. Auxiliado eficazmente por el cónsul austriaco en Jerusalem, y del custodio de los Santos Lugares, pudo el Sr. Endlicher ya el tercer dia de su llegada, el 5 de marzo, poner manos á la obra. A los pocos dias quedó la piedra cortada, devastada, y dispuesta en un todo para el empaque, de modo que quedó suficiente tiempo para su transporte al lugar de su destino. Tiene la piedra una concavidad abierta á cincel con su correspondiente tapa, y fué arrancada en una grande gruta subterránea del Mont: Olivete, que pertenece á los católicos, muy cerca de la iglesia del sepulcro de María y del jardin Gethsemani, en donde poco antes de ser prendido Jesus por los judíos, con lucidos por el traidor Judas, habia hincado la rodilla, pronunciando las palabras de humilde sumision: *Padre mio, si es de tu agrado, alej de mi esta caliz. No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya.* En los cantos de la piedra se encuentra inscrita en caracteres góticos la leyenda: *Fuá arrancada, en donde se quebrantó el corazon de Jesus.*

Firmada ya el acta, acercóse el Emperador con cabeza descubierta á esta interesante piedra, y con unió con tres golpes de martillo la consagacion. Tambien hicieron despues lo propio cuantas personas habian firmado dicho documento, can-



LA ESPEDICION DEL GENERAL WALKER  
CONTRA COSTA RICA.

Tiempo há que la democracia norteamericana tiene su vista fija sobre la América central, y repetidos ensayos se hicieron ya para apresurar la anexión de algunos Estados más importantes á la república estrellada, la que en efecto no deja de tener motivos asaz poderosos para no cejar en su propósito. Tal como en Tejas, en donde se comenzó primero con cierto disimulo, pero más tarde sin rebozo alguno, á proteger y apoyar las exigencias que los norteamericanos establecidos en Méjico, hicieron al gobierno de aquella república, muévase ahora con preferencia toda la parte Sur á favor del filibustero Walker en Nicaragua, y la prensa democrática clama á voz en grito, que el gobierno en Washington desista de una vez de su neutralidad, y considere por suya la causa de Walker.

Las circunstancias especiales que median en esta cuestión son las siguientes: Desde su emancipación de la corona de España, hállase Nicaragua dividido en dos partidos políticos, los cuales han atraído en el discurso de los tiempos males sin cuento sobre el país. El uno de éstos partidos es el de Leon,

cuenta y seis hombres solamente en Realejo; desde donde, y robustecido ya con unos ciento cincuenta soldados, que los demócratas de Leon habían enviado en su socorro, marchó contra Rivas, ciudad de unos 30,000 habitantes. El ataque fracasó, pues los piratas yankees fueron, con considerable pérdida, rechazados por los vecinos armados. Todos los papeles, las municiones y otros muchos efectos del osado Walker y de su gente, cayeron en poder de los vencedores, los que le persiguieron hasta la frontera de Costa Rica.

Walker, á pesar de este contratiempo, no se dejó arredrar, y alentado de nuevo, volvió de Costa Rica, apoderándose, ora de esta, ora de aquella población, entre ellas también San Juan del Sur, habiéndose sido además el 18 de agosto en Sauce, no lejos de Leon, derrotados por completo los legitimistas por los demócratas. Entre tanto había también Kinney, en julio de 1855 desembarcado en Greytown con una parte de sus colonos, seguido despues de otros partidarios suyos, entre ellos muchos alemanes. Trajéronse los invasores una imprenta, unos cajones con libros, y personas inteligentes para comenzar la publicación de un periódico, desembarcando á la vez una copia de semillas para empezar á cultivar y sembrar las tierras, que ocupó Kinney como propias suyas.

La gran sociedad norteamericana denominada del Tránsito,

ellos. A Kinney y Walker poco les importaban estas intrigas. El primero se construyó una magnífica casa en Greytown, consiguiendo por último captarse la voluntad de los habitantes, hasta el punto, que la ciudad le nombrara en 6 de setiembre de 1855, en una grande asamblea de los vecinos, gobernador civil y militar de la misma. Walker, á su vez, se estableció en los propios términos en la costa del mar pacífico en San Juan del Sur, marchó el 3 de setiembre con 150 de sus parciales á la Virgin-bay, en donde le esperaba el general Guardiola, á la cabeza de 400 hombres de tropa del gobierno legítimo, batió á este, con pérdida de unos 50 muertos, mientras que él solo tuvo tres, retirándose despues otra vez á San Juan del Sur, en donde, con haberse poco á poco casi del todo prostituido el concepto de los dos principales partidos del país, á saber: el democrático en Leon y el legitimista en Granada, tomó cada vez una actividad más imponente, hasta que por último ocupó á Granada, con cuya posesion dominaba también á Nicaragua.

Robustecido con nuevas fuerzas, que por un lado había recibido de los Estados-Unidos, y por otro de las ciudades democráticas del país mismo, emprendió una cruzada contra el vecino Costa Rica, en cuya república tenía el partido legitimista de Nicaragua un constante apoyo. En marzo del presente año, salió pues de Granada con un ejército de unos mil combatien-



CAMPOCOLONO EN EL VALLE DE PUSCHLAW COPIA DEL DIBUJO ORIGINAL DE W. GEORGY. (Véase el número 382.)

I. Altura de la derecha, ó sea el pico denominado *Passo del Gallo*, con la cruz.—II. Aduana federal suiza con la aldea de Campocolono.—III. Limite entre la Suiza y la Lombardia.—IV. Puesto militar austriaco en la *Via della Scala*.—V. Rio Poschiavino.—VI. Viñedos en forma de terrazas.—VII. Pueblo de Brusio.—VIII. Pico Verónica, parte del grupo de la Bernina.

denominado más bien el democrático, y el otro, el de Granada, que se adhiere á principios legitimistas. Los demócratas especularon en marzo de 1855 una grande derrota, en cuya consecuencia buscaron auxilio en el extranjero. Su caudillo, el presidente Castillo, prometió á un tal Byron Cole, 52,000 acres de tierra, con tal que trajera trescientas familias al país para colonizarlo. Pero sirvió esto solo de pretexto; porque bajo el nombre de colonos deberian venir para las filas del ejército de Casimiro, soldados mercenarios norteamericanos. Cometió Cole el viaje al filibustero Walker, que á la sazón se encontraba en San Francisco de California, conocido ya por su malograda expedición contra Sonora. Púsose Walker en combinación con ambos el desembarcar simultáneamente en las costas de Nicaragua, en San Juan del Sur, en el mar Pacífico el uno, y en Greytown en el Norte (conocido más bien bajo el nombre de Realejo) en la grande ensenada del mar de las Antillas el otro. Kinney por de pronto, por el gobierno de los Estados-Unidos, el cual puso embargo sobre el buque expedicionario, y después, impedido por el naufragio y otros incidentes que soportó Walker, no llegó á tiempo oportuno al punto convenido, y así tuvo Walker, por sí solo, y con un puñado de gente, que invadir un país, que en su mayor parte le era hostil. Procedente de Walker de California, desembarcó en junio de 1855, con tin-

á cuya cabeza se halla Vanderbilt, considerándose amenazada en sus derechos adquiridos en Costa Rica y en la bahía de los Mosquitos, hizo á su vez desembarcar unos cuantos centenares de soldados con armas y municiones, resultando con esto, que en el país de Nicaragua y Costa Rica hubiera cuatro diferentes partidos, á saber: los legitimistas, los demócratas, los colonistas de Walker y Kinney y la sociedad del Tránsito, á la cual se echaba en cara por las otras fracciones, que enviaba fuerzas armadas á la América Central, á fin de ayudar ya á este, ya á otro de aquellos partidos, para por último, cual sucede con la sociedad inglesa de la India oriental, quedarse, permítasenos el dicho, con el santo y la limosna, haciéndose en una palabra ella misma dueña del país.

El gobierno de Granada, como natural, odiaba á todos estos partidos intrusos de extranjeros, y poco le importaba que se entendieran entre sí ó no, siendo así que el blanco primordial de todos ellos no fué al fin otro, que el elaborarse el dominio del país. En tamaña situación angustiosa, trató de excitar el odio de las razas y de los habitantes profundamente religiosos, considerando que en ello encontraría un poderoso auxiliar. El periódico oficial del gobierno, lanzaba artículos vehementes contra Walker, Kinney y contra el gobierno denominado democrático de Granada, y designándolos como enemigos furibundos de la Santa iglesia, amonestó al clero para que predicara contra

tes. Mientras que Walker fué ocupando á Rivas y á Bah Virgin, avanzó otra columna suya; en fuerza de 400 hombres, en su mayor parte irlandeses y alemanes, mandada por Schlesinger, judío alemán que se titulaba coronel, á lo largo de la costa. El día 21 de marzo tropezó cerca de la hacienda Santa Rosa en las cercanías de la ensenada Sanias, con 500 costarriqueños al mando del general Mora; en cuyo encuentro se condujo Schlesinger tan cobardemente, que despues de un breve combate, tuvo que huir vergonzosamente con su gente. Los vencedores hicieron muchos prisioneros, de los cuales 19 fueron inmediatamente fusilados como filibusteros, y los demás sujetos á un consejo de guerra.

Este percance obligó á Walker á abandonar á Rivas, punto que ocupó el 22 de marzo y de retirarse á Granada. En la mañana del 7 de abril llegó á esta ciudad la noticia, que, á poco de haberse retirado Walker de Rivas, 2,000 costarriqueños y vecinos de Nicaragua, pertenecientes al partido legitimista, habían tomado posesion de la ciudad. Al siguiente día marcharon quinientos hombres desde Granada á Rivas para arrojar á los costarriqueños. El 11 penetraron en la ciudad, llegando hasta la plaza del mercado; desalojaron al enemigo de una calle en que había emplazado un cañon, y despues de apoderarse de él, lanzaron gran parte de sus contrarios fuera de la ciudad, haciéndose por último del todo dueños de ella. De los costarrique-

ños han fenecido en este encuentro, según se asegura, hasta seiscientos individuos, y de los soldados de Walker, entre los cuales se distinguió preferentemente al barón alemán Natzmer, hubo unos 100 muertos, contándose entre ellos al célebre capitán French Lewis, alemán también.

Entre tanto habiéndose los costariqueños apoderado también de los puntos Virgin-Bai y San Juan del Sur. En la primera de estas dos plazas pasaron los costariqueños cierto número (dícese que fueron 8 á 10) de vecinos norte-americanos á cuchillo, á pesar de no haber pertenecido al partido de Walker, sino que en su mayor parte se ocuparon con comisiones de la sociedad de tránsito. Cayeron víctimas al grito desesperado de: «Muerte á todos los norte-americanos en la América central,» que lanzaron los costariqueños. Asimismo fué por estos entregado á las llamas y completamente destruido un puente-rampa que servía para descargar los vapores de la mencionada sociedad.

Walker, quien despues de la batalla habia recibido un refuerzo de algunos centenares de aventureros procedentes de Nueva-Orleans, refuerzos que ahora no recibirán ya, puesto que impiden el desembarco varios buques anglo-franceses, cree que en consecuencia de los sucesos cometidos en Virgin-Bai, se verá el gobierno de los Estados Unidos precisado á intervenir en Costa-Rica, habiendo efectivamente, á lo que se asegura, en el gabinete de Washington, una predisposición grande al efecto. El coronel Wheeler empero, el representante de la república norte-americana en Costa-Rica, ha dirigido al general Mora, presidente de este Estado, una nota, en cuyo contexto se lee el pasaje siguiente: «En nombre del pueblo, de los Estados, protesto contra tan vil proceder, y tened entendido, señor Presidente, que el gobierno que represento, aun cuando podáis contar con el auxilio y protección de aliados poderosos, pero pérfidos (querrá decir la Gran Bretaña, la que según parece ha proporcionado á los costariqueños 2,000 fusiles), no dejará de inquirir el verdadero origen de aquellas horribles violencias, y si no resulta una completa satisfacción y castigo de los principales fautores, dará pasos decisivos y contundentes para escudar la vida de nuestros conciudadanos, y el honor nacional.»

El ruinoso castillo y el pueblo del propio nombre no están muy distantes del punto en que se presenta el río San Juan, con una corriente en demasía estrepitosa, en donde los pasajeros tienen que desembarcar, si quieren cruzar el istmo. Walker ocupó esta población durante largo tiempo, por el temor de que el enemigo pudiera ejecutar una diversion rio abajo. Castillo es el primer pueblo entre Greytown y Nicaragua. Muchos son los norte-americanos establecidos allí, y aun hay dos fondas, á saber: *Nicaraguan* y *National house*, en las cuales puede uno á lo menos acomodarse mejor, que no en las miserables cabañas de bambú en que habitan los naturales.

El antiguo castillo que domina la población fué construido por los españoles hace 300 años, con el objeto de defender contra las irrupciones de algunas tribus semi-salvajes, á las entonces prósperas ciudades de Granada y Leon. No está ya militarmente ocupado, si bien las obras defensivas se encuentran todavía en un estado bastante regular, y en disposición de restaurarlas muy pronto y fácilmente. Dicese que hay una galería subterránea secreta, que por debajo del cauce del río, conduce á la opuesta orilla. Es fama entre los indios, que frente á frente del castillo, hubo en otro tiempo una grande ciudad, pero que fué destruida por los que habitaron el castillo, en una noche, por la mina indicada y vinieron al efecto al otro lado del río. No existe ni el mas remoto vestigio de semejante ciudad, cubriendo el sitio frondosos y robustos árboles de caoba y de goma, y así todo no será mas que una mera fábula.

Las orillas del río San Juan son extraordinariamente pintorescas. Los mas inmediatos bordes bajos, están cubiertos con juncarales y yerbas acuáticas de dimensiones colosales, y en donde se eleva un poco el terreno, descuellan árboles gigantes, cuyas robustas ramas descienden hasta la superficie del río, ramas que engalanadas con diferentes plantas parásitas, presentan con sus abigarradas flores y diferentes matices de la ojarasca de las mismas un aspecto lindísimo. Unese á esto las diversas clases de aves y pajarillos de plumaje precioso y de esbeltas formas, que habitan en la frondosidad de aquellos majestuosos árboles, y finalmente los graciosos micos, que ora enroscan la larga cola en las ramas para suspenderse, ora ejecutan miles de brinco, muecas y gesticulaciones, lo que tanto divierte á los viajeros que recorren aquellas orillas.

## MARGARITA PUSTERLA.

FOR CESAR CANTU.

### PREFACIO.

La fama tiene sus caprichos, y ejerce su arbitrario juicio en muchas cosas, sobre todo en las importaciones literarias. A veces una nación, solo conoce á los mediocres autores de su vecina, quien á su vez se halla en el mismo caso, en tanto que reputaciones legítimas no traspasan la frontera, que no debiera existir para ellas.

Nosotros creemos que estas reflexiones se aplican en cierto modo á *Margarita Pusterla*. La escuela de la novela histórica en Italia, que tiene por maestro á Manzoni, no ha producido ninguna obra, que con cualidades muy diferentes, y sin el menor vestigio de imitación, merezca mejor la comparación con las obras del autor de *Promessi Sposi*.

Los defectos de Cantú pueden apreciarse diversamente; pero solo puede existir la unanimidad respecto de sus cualidades, un sentimiento literario elevado, una erudición sólida y concienzuda, bella exposición de caracteres, una inspiración moral recta, el sentimiento patético, la expresión fue te á veces y feliz de la energía y de la sensibilidad; hay muchos novelistas célebres, de quienes se pueda decir otro tanto? La Italia ha descubierto estas cualidades en *Margarita Pusterla*. Nosotros confiamos en que la traducción, intérprete siempre un poco pérfido (1), no las ocultará completamente á los lectores. Ellos no buscarán, sobre todo en los primeros capítulos, el rápido interés que tienen otras producciones de menos valía. Ellos comprenderán que esta es una de aquellas obras que reclaman por su extensión grandes preparativos, y que ni el mismo Walter Scott no resistiría la crítica que recayera sobre el principio de sus novelas. Con esta condición nosotros creemos que el talento del autor ejercerá en el público español todo el influjo que ha ejercido en Italia.

(1) Traduttore, traditore, dicen los italianos: traductor, traidor.

## MARGARITA PUSTERLA.

Lector, has sufrido?—No.—Este libro no es para ti.

### CAPITULO PRIMERO.

#### LA MARCHA TRIUNFAL.

A principios de marzo de 1340, los Gonzaga, señores de Mantua, habian celebrado congreso pleno en su ciudad. Mesas públicas, músicas, saltimbanquis, payasos, fuentes de vino, ellos habian prodigado toda la pompa que los tiranuelos, que habian reemplazado los gobiernos libres en la Lombardia, habian llamado en su socorro para deslumbrar á las almas generosas, encantar á los frívolos y captar al pueblo, siempre seducidos por falsas apariencias. Tres mil caballeros habian acudido á esta fiesta, con trajes vistosos cubiertos con las mas ricas armaduras fabricadas en Milan, y montados sobre corceles herrados con plata. Entre ellos se contaban muchos milaneses, que acompañaban al joven Bruzio, hijo natural de Luchino Visconti, señor de Milan. Eran Jacobo Aliprando, Mateo Visconti, hermano de Galeas y de Bernabé, que despues fueron príncipes; el señor de Gallarate, jefe de la familia Crivelli, y el mas famoso de todos, Francisco Pusterla, el mas opulento de los señores de Lombardia. También se hubiera podido decir el mas feliz de los mortales, si la riqueza humana contuviera alguna certidumbre de felicidad, y si, como mas adelante se verá, no se hubiera visto al borde de un abismo de miserias, en cuyo fondo debia caer.

Estos campeones milaneses habian ganado el premio del torneo de Mantua. Consistía este, en un potro soberbio de quinientos equies de valor, negro como el azabache, la mantilla azul bordada de plata; y en otro caballo bajo, con manchas blancas en dos de sus piés; además se habian unido á ellos dos trajes, uno de escarlata y otro de seda con forro azul. Para hacer ostentación de estos trofeos, los vencedores habian recorrido en triunfo á Cremona, Plasencia y Pavia, de donde habian vuelto á su patria el 20 de marzo de 1340. En todas partes eran recibidos con mucho regocijo. El hombre se prosterna en todas partes como por instinto ante el valor triunfante; pero su prestigio era mayor que nunca en aquella edad en que la fuerza material reinaba sin rival. Por otra parte, los pequeños despotas veían con placer alimentado el valor por los torneos y las batallas simuladas, como vieron en otro tiempo al pueblo exaltar su curioso humor y su afición á la disputa por medio de facciones teatrales y literarias. Por esta causa Milán envió al encuentro de sus caballeros una escolta compuesta de los principales señores y de la corte; y despues de haberse detenido en el espléndido castillo de Belgiojoso, se encaminaron todos hácia la ciudad, en donde entraron con grande aparato por la calle de San Jorge.

Despues de haber cruzado el arrabal de la ciudadela, ya ceñido por una muralla, se presentaron á la puerta del Tesino, que se abría en el punto que ocupa hoy el puente del canal *Naviglio*. Este canal marca aún el foso que abrieron los milaneses para defenderse contra Barbaroja. Un terraplen levantado con la tierra de la escavación era su único baluarte; pero bastaba en aquel tiempo, en que cada ciudadano era un soldado, que combatía por la patria y por la libertad. Poco antes de la época de que hablamos, Azone Visconti habia construido en este punto un muro de diez mil brazas de circulo con once puertas de rastrillo y puentes levadizos, y coronado por cien torres con innumerables almenas.

Los caballeros pasaron bajo el arco hoy aún existente, y costearon las famosas columnas de San Lorenzo, restos venerados de la antigüedad romana. Pronto llegaron á la enrucijada conocida con el nombre *Carrobio*, porque podían pasar por ellas carretas, ventaja que ofrecían entonces pocas calles. Suspendiendo sus faenas, el pueblo acudia á este espectáculo, atraído por la alegre algazara de los heraldos de la ciudad, vestidos de púrpura, que se adelantaban con sus trompetas de plata hácia los guardias de la puerta con coselete y escarlata y capas del mismo color. Ellos precedían al cortejo escoltando al porta-bandera, que llevaba el estandarte con las armas de las diversas puertas, sembradas alrededor de una víbora negra en campo de plata.

—¿Quién es esa dama cubierta de terciopelo y oro? preguntó un niño.

Sus padres le respondieron:

—La princesa Isabel, esposa de aquel reluciente de acero, cuya cimera corona una víbora que se come á un niño revoltoso. Se llama Luchino nuestro señor. ¡Ved qué fortuna tener un señor tan valiente y una señora tan hermosa!

—¡Eh! mi ad, añadia un compadre empujando á su vecino con el codo, ¡qué cambio de ojeada entre ella y Galeas!

—¡Eh! replicaba el vecino guiñando el ojo, parece que se conocen de larga fecha.

Y empezábase la crónica escandalosa: referíanse las afrentas que se hacían mutuamente Isabel y su marido. Con efecto, Luchino venía un poco atrás sin la menor vergüenza, rodeado de sus hijos naturales Forestino Brosio y ese Bruzio de que hemos hablado, ambos nacidos de diferentes madres.

Luchino era hijo del gran Mateo, quien despues del arzobispo Ottone Visconti, con valor é intrigas habia alcanzado el señorío de Milan con el título de vicario del imperio, capitán y defensor de la libertad. Galeas habia sucedido á Mateo, y á Galeas su hijo Azone. Muerto este, Luchino habia sido reconocido señor en la asamblea general de los milaneses el 17 de agosto del año anterior; pero como se desconfiaba de una juventud indómita y disipada, se le habia asociado para el gobierno á su hermano Giovanni, obispo y señor de Novara. ¿Por qué el pueblo, que conocía sus defectos, lo habia escogido, ó por qué no habia restaurado la libertad? Mal conocerá el carácter popular quien estrañe semejante cosa. Luchino en el poder eliminó muy pronto con astucia á su hermano, el cual, buen católico, sacerdote y ansioso de gozar en paz de las riquezas y de su bello continente, renunció voluntariamente á los negocios públicos.

Luchino poseía ese valor militar que puede asociarse con los vicios y aun rayar en la infamia. Avaro de promesas, intrépido para cumplirlas, rápido en los proyectos y en su ejecución, aumentó sus dominios, sin dejarlos morder. Jamás sintió afecto mas que hácia sus bastardos. Nunca supo perdonar,

ni se fió en el hombre á quien habia ofendido una vez. Para disimular el odio ó la venganza, para seguir su presa á través de largos rodeos, para consumir una iniquidad bajo el velo de la justicia, poco lo igualaron entre los señores de su raza, á pesar de que los hubo muy dotados de tan oscura habilidad. Era alabado con razon de haber exterminado los ladrones, de haber pesado en la misma balanza á Güelfos y Gibelinos, de haber cobrado lo mismo del pueblo que de la nobleza. Pero para él no habia mas justicia que su interés. ¿No ha tenido toda costa. Si le convenia, favorecía las artes y el comercio. Considerábase como un conductor de fieras, que debe castigar sin cesar por miedo de ser devorado por ellas. A los buenos, es decir, á los miedosos, quería presentárselos como único arbitro de la felicidad pública; á los malos, es decir, á los que hubieran osado examinar su conducta, les exageraba por cálculo su carácter feroz y disimulado. Espías, jueces sobornados, Acusaciones, cárceles, ejecuciones, todo enseñaba á la muchedumbre el olvido de las franquicias de que habia gozado; todo enseñaba á creer que el mando es el único deber de los príncipes, la obediencia el único derecho de los súbditos.

No prefería Luchino los medios violentos, y parece que los milaneses no comprendían, ó celebraban la táctica de la corrupción con que los dominaba. Al populacho, fiestas, bailes, juegos, tabernas; á los jóvenes nobles, que le inspiraban recelos por sus modales severos, daba en la corte ejemplo de relación, á fin de que, viendo cerrado para ellos el camino de la gloria, entregaran á los placeres y goces la flor de su vida. Dicese que este medio era el mas eficaz de los que usaba Luchino.

La conciencia se agitaba sin embargo en él; pero ahogaba sus gritos con prácticas de devoción. Todos los días recitaba ó asistía al oficio de la Virgen. A menudo eran recibidos sus perros en su mesa; pero también admitía á veces á los mendigos, que servía él mismo con el fausto de una falsa humildad. Guardaba religiosamente las vigilia. Fijó el precio de los funerales, y decretó graves castigos contra los médicos que visitaran tres veces á un enfermo sin mandarle confesar.

Los diplomáticos y los poetas le repetían incesantemente que poseía el amor de sus súbditos. Si él los creía, lo puede decir la cota de malla que traía siempre, la guardia doble que cercaba su casa, y los perros que lo acompañaban á todas partes. Estos al menos no podían desear un cambio de gobierno.

Por otra parte, al oír las aclamaciones de la multitud, se hubiera creído que era el padre de su pueblo. No hay gobierno, por detestable que sea, del cual no pueda sacar provecho alguna clase. Los lombardos en aquella época atravesaban una edad de interna turbulencia, en la que la libertad, comprada con sangre y generosos esfuerzos, iba perdiéndose en discordias civiles, furros de facciones y arterias de los poderosos. Fatigados con esta continua borrasca, veían con buen ojo un gobierno enérgico que refrescaba todas las ambiciones. La multitud daba el nombre de paz á la servidumbre común; aquellos á quienes enriquecía la llamaban libertad! Adema, Luchino daba los empleos á los ciudadanos de Milan; seis mil venían costa del Tesoro público. Durante la miseria que aligó al país, cuarenta mil individuos fueron mantenidos á expensas de la ciudad, no del príncipe; pero el pueblo hace responsables á los señores de los bienes ó males que sufre.

El vértigo se habia apoderado de los nobles, desde que se hallaban preocupados con los negocios públicos. Su interés particular lo anteponian al de la patria, y con tal que ellos fueran libres, poco les importaban las franquicias procomunales. Los que no podían soportar el estado de la ciudad, los que desesperaban de sacar al país de su abatimiento, ó bien vivían en una calma forzosa, ó buscaban un refugio en la emigración. De esta suerte dejaban el campo mas abierto á la codicia de los ciudadanos que querían medrar, no sirviendo á la patria, sino á la corte, por la cual se sacrificaban, en vez de ser útiles á la generalidad.

Receloso ó con celos, Luchino no dispensaba sus favores á los que habian medrado con Azone. Deseando formar una cohorte dócil á sus inspiraciones, se habia rodeado de sus compañeros de desórdenes juveniles, los cuales se hallaban dispuestos á hacer cuanto exigiera de su adhesión.

Fácil era distinguir en el cortejo descrito á los favoritos y á los desgraciados. Los primeros cercaban al príncipe y terciaban en su conversación; pronto se conocían por el orgullo con que manifestaban la magnificencia de su baja, por la afectación que mostraban y el desden con que miraban á los otros, por las chanzas que gastaban mientras hacían caracterar sus ardientes corceles. Los otros formaban en última fila, taciturnos ó pronunciando pocas palabras, y estas á media voz y con timidez. El pueblo juzgaba que los favoritos poseían el talento, la prudencia y el valor de que carecían los desgraciados; él se ludaba á los primeros, y asimilaba los segundos con los herejes y ex-comulgados. Contenida por la figura áspera del alemán Sfolkada Melik, capitán de los guardias de corps de Luchino, la multitud gritaba: «¡Viva Visconti! ¡Viva la víbora!»

Sin distinguir ni á grandes ni á pequeños, un bufón galeas paba entre la escolta. Esta raza pululaba entonces en las cortes, pero sobre todo en la milanesa, que gastaba en ellos 30,000 florines anuales; ¡escelente empleo de la fortuna pública! Ellos desempeñaban el oficio que desempeñan los poetas á veces y los aduladores siempre: lisonjear el príncipe, hacer reír á sus pensas, y ocultar bajo la máscara de un eliste todo el horror de un crimen. Sin embargo, como no hay en el mundo cosa tan mala que no lleve mezclada alguna partícula de bien, solían soltar en medio de sus bufonadas verdades atrevidas, que sin ellos no hubieran herido nunca el timpano de los grandes.

Grillincervello, este era el nombre del bufón de Luchino, cubría su cabeza afeitada con un gorro blanco cónico, á cuya punta ondulaba una cimera escarlata figurando la cresta de un gallo; sus calzas y jubon de lienzo iban recargados de enormes botones y cascabeles. En la mano llevaba un baston que tenía en uno de sus extremos una cabeza de loco con orejas de asno.

(1) Ya hemos dicho que las armas de Visconti tenían una víbora, con un niño medio introducido en su garganta.

Los nabos le servían de espuela (fábrica de Pavía, decía él), y con ellos escribía el ardor de un fogoso caballo, de Barlassino (otra frase de su calepino) cubierto de cintas y campanillas. La boca, entreabierta por una sonrisa medio maligna y medio idio- ta, los ojos vicios y mal rasgados, corría de un lado á otro, tan pronto cargando á los puercos y gallinas que andaban sueltas por las calles, tan pronto cerrando el paso á todo transeunte, y murmurando á este una bufonada, á aquel una injuria. Murmurando palabras de mala jerga tudésca al oído de Melik, le tim- rando sus imponentes bigotes; y mientras que este, sin perder su gravedad, se preparaba á corregirlo con el plano de su sable, el bufon se ponía á respetable distancia. Mateo Salvatico (autor del opus pandectarum medicinae, el mejor tratado de las vir- tudes de los simples) cabalgaba con el aparato de los médicos de aquel tiempo, vestido de púrpura, con las manos llenas de anillos, y espuelas de oro en sus borcuques. El bufon, haciendo un gesto inesplicable á la cabalgadura de Matteo, decía al mé- dico: «Tómale el pulso.» Luego, dirigiéndose al astrólogo Alan- dicio: «Tómale el Nero, otro mueble indispensable de las cortes de aque- lla época, le daba un golpe en la nuca, mientras iba absorto en sus meditaciones, y le decía: «Las estrellas no te han revelado esto.»

Luchino lo oía y sonreía. Apenas se había apartado del pa- lacio que había construido para morada suya en frente de San Jorge, penetraba lentamente por entre el populacho, que acu- dia al mercado de la leche y de los aceites, cuando sus miradas se fijaron en una terraza situada en el ángulo de la calle que conduce á San Alejandro, y en una mujer que estaba de pié en ella. Era Margarita Pusterla. Ella también era de la sangre de los Visconti y prima del príncipe, pero en nada se parecía á él. La curiosidad no la había llevado á ver el cortejo, sino el deseo de ver á su marido Francisco Pusterla, uno de los vencedores del torneo, como hemos dicho, y que ocupaba entre los des- contentos la última fila. La noble dama, tan hermosa como de- ber serlo una heroína de novela, dirigía sobre el parapeto de la terraza los pasos de un niño de cinco años, y con su mano blan- ca le indicaba á lo lejos un gineté magníficamente vestido y montado. Al verlo, el niño, saltando de alegría á los brazos de su madre, gritó: «Mi padre, mi padre!» y con el entusiasmo de la infancia tendía hacia él sus manecitas. Absorta en este episodio de familia, que era todo para ella, Margarita no pen- saba ni en las aclamaciones de la muchedumbre, ni en la pom- pa de la cabalgata, ni en los ojos que admiraban sus hechizos, ni en el mismo Luchino, á pesar de que había moderado el pa- so al llegar cerca del balcon, y había hecho piñar su caballo blanco, ansioso de atraerse las miradas de Margarita.

Estas maniobras fueron vanas, y una nube de enojo arrugó la frente. Ramengo de Casale, uno de los cortesanos mas dis- puestos á favorecer todas las pasiones de los príncipes, se acer- có á él, y con respeto adulator, dijo: «Si se quiere grandeza en un hombre, belleza en una mujer, es preciso buscarlas en la casa de los Visconti.»

Luchino, insensible á esta bocanada de incienso, le respon- dió como hombre habituado á las mas viles lisonjas. «Sea; pero parece que nuestro nombre comun no tiene gran precio á los ojos de esa hermosa, y entre todos no habeis sido capaces de adornar nuestras reuniones con su presencia.»

—Lo confieso, replicó Ramengo. Su carácter es tan orgullo- so como espléndida su belleza; pero cuanto mas difícil es la victoria, mas glorioso es alcanzarla; ¡y qué aspereza no se ablandaría ante los suspiros de un príncipe!

El bufon llegó en este momento; se rió sardónicamente en las narices del adulator, hizo otro tanto con Luchino, y le dijo removiéndose para hacer sonar sus cascabeles:

—No le hagás caso, señor. Relámeté el hocico: ese bocado no se ha hecho para tu boca.

—¿Y por qué no, miserable? El despecho arrancó estas pala- bras á Luchino.

—Porque no, repitió el bergante largándose. Luchino avan- zaba lentamente, sordo á las adulaciones de los cortesanos y á las rivas del pueblo, y de vez en cuando se volvía á mirar á la bella Pusterla. Las miradas de Margarita no se apartaban de su marido, que marchaba acompañado de un paje y de un fraile que le habían salido al encuentro, y con los cuales conversaba. Gestos, miradas, lenguaje, todo era fuego en el paje. El rostro del otro, animado de dulce gravedad, revelaba una lucha pro- funda entre el trasporte de las pasiones y la firmeza de la vo- luntad su frente, próxima á arrugarse; sus mejillas flacas y hundidas; sus labios contraídos, todo revelaba en él el sello con que marca el infortunio á sus víctimas, como para darles el consuelo de reconocerse entre sí y de poder aliarse para luchar en comun.

Las extrañas miradas del príncipe y la afectación con que volvía la cabeza no se ocultaron á Pusterla. Las únicas palabras que dirigió á sus interlocutores, sorprendidos como él, fueron estas: «¿Veis!»

—Ve, respondió el fraile bajando la vista como hombre ha- bituado á la meditación.

—¿Miserable! exclamó el paje; ¿esto llena la medida! Pero ¿qué es lo que no se puede aguardar de un tirano? ¡Oh, si hubiera en Milan cien hombres como yo! Y vos, Sr. Frances- co, cuándo osareis proclamar vuestro nombre y acabar de un golpe con el oprobio y la esclavitud de la patria?

Pusterla imponía silencio con el gesto y la voz al paje Alpi- nolo, en tanto que el fraile decía tranquilamente:

—Los descontentos no pueden hacer mas que separarse de los malos, y sin asombrarse del olvido de sus conciudadanos, buscar en los goces domésticos la paz de la conciencia y la se- guridad de su honor. Esto ha hecho tu padre político Uberto Visconti; esto debes hacer tú; todo muestra que ha llegado esa hora. Con el tesoro que posees en Margarita, no hay rincón de la tierra que no pueda convertirse en un paraíso.

La voz del fraile se había animado, y sus facciones se ha- bían encendido. Pareció que se había apercibido de ello, y ba- ñado la cabeza se calló. Pero Franciscolo, poco convencido: —¿Sí, Buonvicino, decía, el retiro es el sueño de mis vigili- as. Pero ¿qué es un hombre que abandona la escena política? ¿Qué gobierno pareceré de mis antepasados, consagrados siempre al servicio de la patria? Mientras los Azone poseían el poder, tú sabes que he trabajado por el bien público; tú sabes qué conside- raciones he tenido con Luchino, aunque estaba en querellas con él. Yo creía que al llegar á su vez al mando supremo, tendría presente mi conducta, y me contaría entre sus amigos, y que de esta suerte podría conducirte por la senda del interés de

todos. Pronto se ha visto el fruto de mi contemplación. Ape- nas ha ocupado el trono que le hemos ayudado á consolidar, no solo ha olvidado los recientes servicios, sino que ha mirado como un crimen los antiguos, y nos ha relegado de su favor, rodeándose de plebeyos, de ciegos consejeros, de aduladores insensatos, peste de las cortes, de quienes querria estar á mil leguas de distancia, si no conservara la esperanza de poder ser todavía útil á mi familia y á mis conciudadanos.»

Alpinolo aplaudía esta atrevida peroración. Fray Buonvici- no, conociendo que bajo el manto del interés público se ocul- taban la ambición y un natural que, acostumbrado á no hallar goces mas que en las borrascas de la vida, colocaba juntas la calma y la muerte, hubiera fácilmente contestado; pero ¿ha- bría podido despertar en su alma algun sentimiento de pudor viril, propio para inspirarle ideas mas sanas? Contemplando por hábito con indulgencia las debilidades humanas, para no verse obligado á despreciarlas, siguió á Pusterla sin hablar palabra hasta la plaza del Domo, en donde se separaron.

En el punto que ocupa hoy el palacio real estaban entonces los intendentes de las provisiones, y delante de su casa se ce- lebraba semanalmente la venta de los vestidos. El sitio en que se levanta ahora el Domo se llamaba plaza de las Arengas, porque allí se juntaban los ciudadanos, como en tiempo de la república, para oír los discursos que concernían al interés ge- neral. En esta plaza lucharon largo tiempo el sincero patriotis- mo de unos pocos, y la egoísta ambición de la mayoría. Allí nacieron las facciones que desgarraron las entrañas de la pa- tria, hasta que los milaneses, cansados de tantas luchas, en- tregaron el poder á los Torriani, y luego á Visconti. Ya hemos dicho que el arzobispo Ottone fué el primer señor de esta fa- milia. Mateo el Grande, su hijo Galeas y el Azone, de quien hemos hablado tantas veces, fueron sus sucesores. Este último, atento á disfrazar la servidumbre, había cuidado de embellecer la ciudad: el palacio donde entraba Luchino en este momento había sido adornado con esquisito gusto. Era una torre con muchos pisos, con cuartos, salas, corredores, baños y jardines. Numerosos apartamentos con ventanas dobles, ricas puertas, profusion de oro y riquezas constituían el piso bajo. En una espaciosa pajarera de alambre había encerrados pájaros de to- das clases. No faltaban tampoco osos, monos y otras fieras, en- tre ellas un avestruz y un león. También merecen mención las pinturas de los salones; un lago pequeño, que llenaban cuatro leones que echaban el agua por la boca, y que repre- sentaba á Cartago llena de buques para la guerra púnica; en fin, la capilla que poseía ornamentos que habían costado veinte mil florines de oro y reliquias preciosas.

En esta magnífica morada entró el cortejo ducal. Un bello jóven, de larga barba y rizados cabellos, soberbiamente vestido, saltó de su bridon y ofreció la mano á la condesa Isabel para ayudarla á apearse. Era Galeas Visconti, que subió las escaleras murmurando galanterías al oído de su tia, mientras que toda la comitiva lo seguía.

Llegaron al salon llamado de la Vanagloria, cuyo esplendor ha arrancado un grito de admiración á todos los historiadores que lo han descrito. Allí, mientras que el bufon saludaba á Hector, Hércules Azone y otras imágenes de héroes que deco- raban los muros, la compañía formó grupos para entregarse á esas conversaciones ricas de palabras y vacías de ideas y de sentimientos que constituyen el conjunto de reuniones cultas. Hablábase de la corte de los Gonzaga, que unos alababan y otros criticaban. La maestría de los justadores preocupaba también á la reunion; y aunque su corazón debiera conservar vivo el recuerdo de una libertad reciente, se enorgullecían con una palabra, una sonrisa del príncipe. Este recibía los homenajes de los enviados de las cortes lombardas, y del embajador de Mantua, que ensalzaba la bravura y la urbanidad de Bruzio y de Francisco Pusterla.

Esta última alabanza debió parecer muy intempestiva á los que sabían que este último no gozaba del favor de Luchino. Pero ¿cuál fué su sorpresa cuando vieron al príncipe volverse hacia Pusterla, y repetirle graciosamente los elogios del de Mantua y los que le prodigaba en otro tiempo Azone! Echó mano de las alabanzas mas poderosas, y conversó con él como con un caballero á quien se estima mucho. Cuando hubo hala- gado con arte las pasiones de Pusterla, añadió con tono de elegancia:

—No he olvidado, Franciscolo, la amistad que nos unia en la vida privada; solo aguardaba ocasion para demostrarla. Esta ocasion se presenta hoy. Mastino Scaglier, incapaz de hacer frente á mi enemistad, solicita una reconciliación. ¿A quién podía confiar esta delicada misión mejor que á vos, que sois tan hábil en el consejo como en el campo de batalla, agra- dable á Mastino, y muy á propósito para sostener el honor mil- lanés en el extranjero? Antes de concluir el mes tendreis la bondad de ir á Verona con mis credenciales, que se os entrega- rán, segun he dispuesto.

Pusterla odiaba menos al tirano que al príncipe que lo olvi- daba y reducía á un reposo sin influjo ni gloria. A la primera señal de favor, apenas se vió enviado de los cortesanos que lo menospreciaban, su odio desapareció como un relámpago; olvidó los ultrajes recibidos, sus proyectos de soledad y retiro, y hasta la sospecha celosa que habían despertado las miradas dirigidas por Luchino á Margarita. No le ocurrió que esta mi- sion era un lazo para alejarlo y deshonrarlo. Dió las gracias al príncipe, y aceptó con reconocimiento la embajada; ¡tan es- peso es el velo que la ambición tiende sobre nuestros ojos!

Orgullosa y contento vuelve á su palacio, donde sus ami- gos le esperaban para darle la bienvenida. El abrazó friamente á Margarita, que le salió al encuentro con su hijo, y le dijo: «Una buena noticia! Y refirió el encargo que había recibido. Algunos le felicitaron. Alpinolo meneó la cabeza y exclamó: «¿Puede una víbora dar otra cosa que veneno!» Margarita pal- lideció, y mostrándole con gesto elocuente á Venturino: «¿Aca- bas de llegar y piensas ya en abandonarnos de nuevo? ¿Qué techo es mas dulce que el techo paterno? ¿Qué sociedad mejor que la de la familia? ¿Qué misión mas honorífica que hacer la felicidad de las personas que nos aman?»

Franciscolo le apretaba tiernamente la mano, cogió al niño en sus brazos, y pareció enternecido. Pero pronto la sed de los honores y la costumbre de buscar la felicidad fuera del hogar doméstico, sofocaron el movimiento instintivo y generoso de la naturaleza. Cuando llevó la noticia de su nombramiento al con- vento de Brera, el fraile trató de disuadirlo de una resolución tan funesta. El aspecto solitario y religioso de la celda concor-

daba con las razones austeras que daba á Pusterla para apar- tarlo de los empleos públicos, que no estaban en consonancia entonces con el honor y con el sentimiento de un noble deber. En fin, cuando vió que su amigo permanecía sordo á sus ins- tancias, como para recordarle sus observaciones de la vís- pera, y descargar el golpe que le parecía deber ser muy de- cisivo:

—¿Y Margarita? le dijo.

Pusterla se quedó pensativo; luego, levantando la cabeza con la obstinación de un hombre decidido á tener razon, res- pondió: «Margarita es un ángel!»

Buonvicino lo conocía, y conocía también qué imprudente era abandonarla. Pero no quiso insistir sobre este punto, te- niendo comprometida la felicidad doméstica de Franciscolo.

¿Quién era, pues, aquel fraile que se interesaba tan tierna- mente por los Pusterla?

II.

EL AMOR.

Buonvicino Lando, de una de las principales familias de Plasencia, había ido muy jóven á Bolonia para tomar parte en los estudios que atraían á la sazón á la juventud ardorosa de la renaciente Italia. Las letras ofrecían de nuevo senda para su- bir á la altura á que no se llegaba antes sino por el ejercicio de las armas. Es verdad que los estudios de la época se reducían á pedantescas reglas de gramática y retórica, á la filosofía co- mentada de Aristóteles y al conocimiento de las decretales. Pero el amor de las bellas letras y la resurrección de los clási- cos latinos podían hacer florecer en los corazones los afectos nobles y los pensamientos generosos. Este es el fruto que sacó Buonvicino de sus vigilias. Nutrido con los escritos y los actos de la gloriosa antigüedad, su alma era superior á los debates miserables de su siglo. Así alimentaba ideas poco compatibles con la nueva civilización, es cierto, esas ideas cuyo influjo perjudicó tanto el progreso de las repúblicas italianas; pero el nombre de patria, eterno tema de las letras romanas, había inflamado la imaginación del jóven, que solo ambicionaba entrar en años para servir á su país en magistratura ó en la guerra.

¡Desgraciado! los años vinieron, pero con ellos la des- gracia y la pérdida de las ilusiones, esa llaga de las almas nobles.

Plasencia, su patria, había caído en poder de Mateo Viscon- ti, quien la legó á Galeas. Este, menos hábil y mas corrompido que su padre, creía que todo era fácil en las ciudades con- quistadas. Sin hablar de las arterias que ponía en juego para esclavizar á Plasencia, trató de deshonrar á Bianchina, mujer de Opizino Lando, llamado Versuzio, hermano de nuestro Bu- onvicino. Su temeridad no le sirvió de nada; la esposa resistió y el marido se vengó: de acuerdo con algunos leales ciudadanos derribó á los Visconti y ofreció la señoría al cardenal Porggetto, legado del Papa.

Buonvicino estaba en la edad en que el corazón es todo sentimiento, sin cálculo ni egoísmo; lleno de ideas de antiguo patriotismo, inspirado por las nuevas preocupaciones que daban el nombre de extranjero al habitante de la ciudad vecina, y el de tiranía á la dominación limítrofe, cuando tuvo alguna noti- cia de la conspiración, reunió un crecido número de condiscíp- ulos y llegó á tiempo á Plasencia para favorecer á los conju- rados y hacer alarde de su generosidad natural. El día en que estalló el movimiento, Beatriz, mujer del Sr. Galeas, estaba en la ciudad con su hijo Azone. Únicamente atenta á cuidar de su hijo, la madre halló un medio de evasión para él. En cuanto á ella, se quedó en palacio para no despertar sospechas, resuelta á arrostrar la cólera popular, á trueque de salvar á su hijo. Buonvicino conoció su abnegación, y respetando la santa ternu- ra de una madre, no solo impidió todo ultraje, sino que condu- jo él mismo á Beatriz fuera del territorio de Plasencia, y la puso salva y sana en manos de los guardias de Galeas.

Esto pasaba en 1322. En esta época se restableció el go- bierno democrático en Plasencia. La señoría del Papa podía en efecto considerarse como un estado de absoluta libertad. Los pontífices, que tenían entonces su sede en Aviñon, no ejercían á tal distancia mas que un protectorado honorario, y por otra parte, partidarios del Rey de Francia, tenían interés en con- trarrestar á los Gibelinos, que querían confiscar las franquicias de la Lombardía en provecho del Emperador.

Durante los ocho años que sucedieron, Buonvicino se ma- duró ejerciendo los generosos empleos de un país libre; él adquirió esa elevación de sentimientos que da una vida públi- ca, y desprendida de las mezquindades de la vida privada, y el hábito de preferir el bien público al interés particular. A esta educación de los ciudadanos debió la Italia los progresos de su prosperidad, en tanto que duraron las repúblicas.

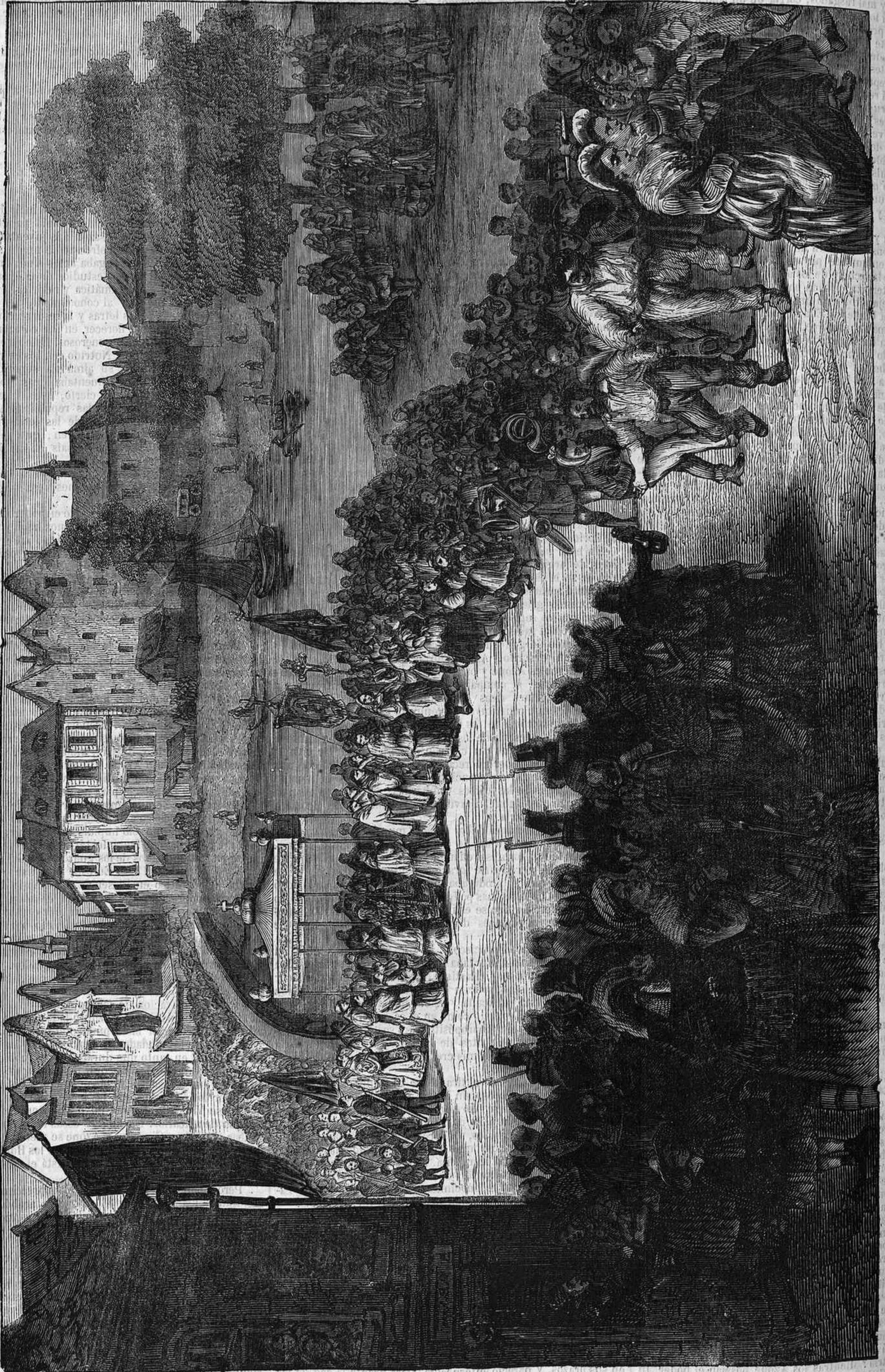
La fortuna de los Visconti disminuía de día en día; ellos tuvieron que pelear contra el emperador Luis de Baviera, apo- yado por los enemigos que les habían suscitado su insolencia, y por ese Versuzio Lando, cuyo odio tenaz no desperdiciaba ocasion de atacarlos. En fin, las cosas llegaron al punto en que Galeas, Luchino, Giovanni y Azone se vieron encerrados en las horribles prisiones de Monza, llamadas los Hornos. Allí estuvie- ron desde el 5 de julio de 1327 hasta el 25 de marzo del si- guiente año.

Pero cuando Galeas murió, el aborrecimiento que había inspirado á los príncipes y á los pueblos, acabó con él, y la for- tuna de los Visconti tomó nuevo aspecto. Azone, mas inteli- gente que su padre, proclamado Sr. de Milan el 14 de marzo de 1330, pensó en recobrar las ciudades perdidas; él logró ocu- par á Bérgamo, Vercelli, Vigevano, Pavía, Cremona, Brescia, Lodi, Crema, Como, Borgo Sandomino, Travaglio y Fizzig- hettone. Miraba además con ojos de codicia á Plasencia; pero conquistarla no era empresa fácil. Como gozaba de libertad bajo la dirección del Papa, Visconti no hubiera podido atacarla sin romper con la Santa Sede. Comenzó pues una guerra sorda, digna de su perfidia política, y amontonó una larga se- rie de violaciones supuestas de los habitantes de Plasencia contra sus súbditos. Amenazó, y fué menester enviar á Milan diputados y rehenes, entre los cuales iba Buonvicino. Su her- mano Versuzio había perecido, sus parientes mas cercanos y sus amigos íntimos habían muerto en las guerras pasadas. Ya había podido ver cuán diferente es la vida real de los sueños que engendra la imaginación. Los espléndidos fantasmas de su juventud palidecieron mas todavía, cuando vió en Milan de

cerca las intrigas, las vias subterráneas, los lazos y la duplicidad que se ponian en juego para administrar la cosa pública; tramas que no concibe un alma sencilla, pero que los sábios de este mundo pretendian y pretenden hoy que son necesarias

se querría practicar junto con la incurable im. otencia de realizarlo. Por otra parte, merced á su mixta situacion de rehen y embajador, unida al recuerdo del servicio que prestó á la prin-

lencia universal, siendo únicamente de tolerancia silenciosa del yugo comun, reemplazaria las animosidades municipales. Buonvicino se alojaba en casa de Uberto Visconti. Uberto Visconti era el padre de la Margarita que da nom-



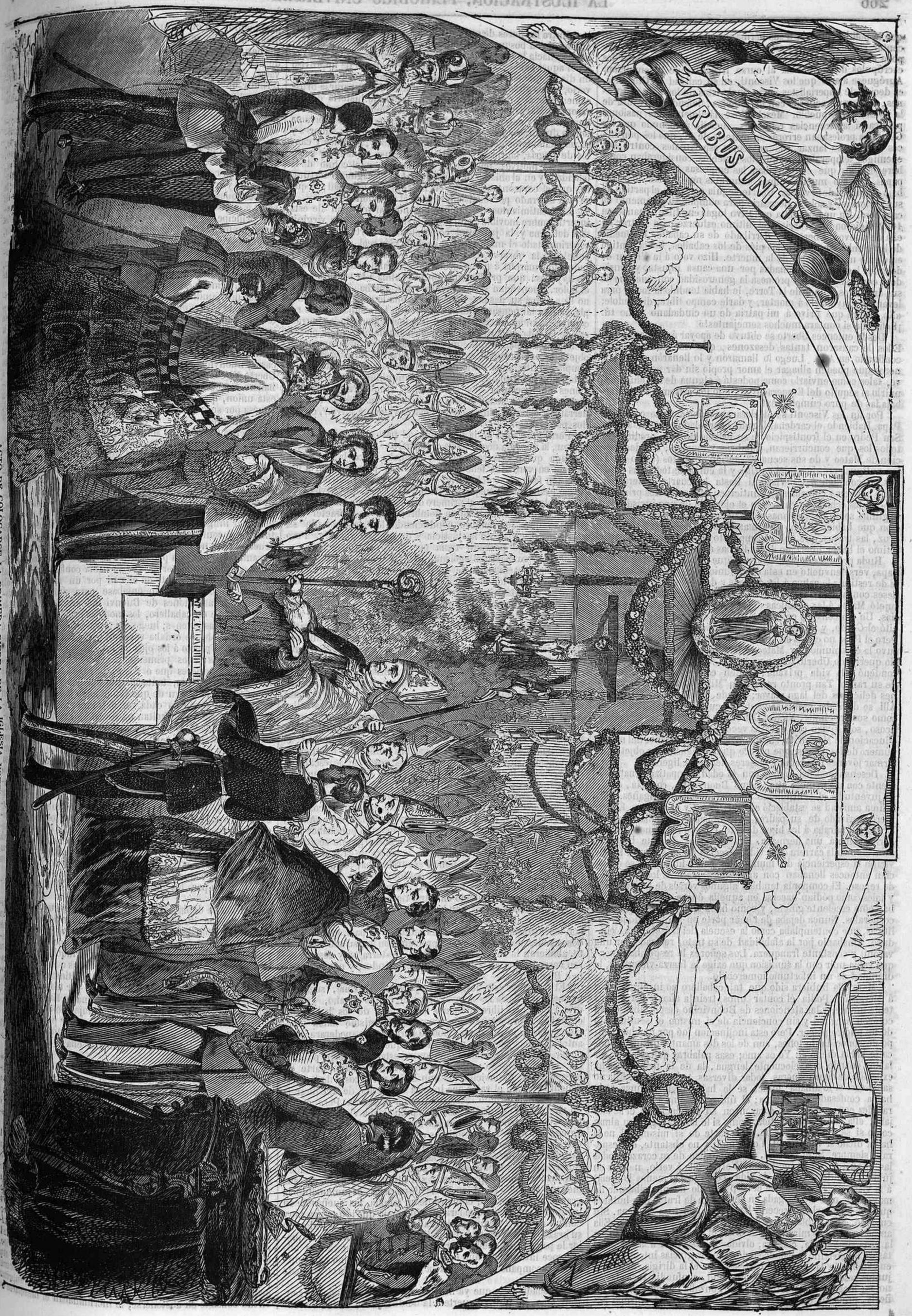
LA PROCESSION DE LAS DANZAS EN ECHTERNACH. (Véase el núm. 382.)

ACTO DE COLOCARSE LA PRIMERA PIEDRA DE LA IGLESIA VOTIVA EN VIENA.

para la prosperidad de los Estados. Al principio se indignó, despues se apoderó de él un furor sombrío. Pero á fuerza de contemplar aquel espectáculo, contrajo la profunda melancolia que inspira el sentimiento del bien que

cesa Beatriz, Buonvicino era honrado y bien acogido en todas partes; él y sus compañeros habian sido alejados en las casas principales de Milan. Se creia que la hospitalidad promoviria el afecto, y que con el tiempo, lo que ellos llamaban benevo-

bre á nuestra historia. Hermano de Mateo el Grande, gozaba de mucha consideracion en la ciudad, pero no tomaba parte en el gobierno. La integridad de su carácter rechazaba quizá las intrigas



ACTO DE COLOCARSE LA PRIMERA PIEDRA DE LA IGLESIA VOTIVA EN VIENNA.

que la política sugiera á sus hermanos para conservar ó acrecentar su poder; tal vez estos cuidaban de alejar á un hombre poco acostumbrado á las cosas del mundo para posponer los escrúpulos de la justicia al curso irregular de la ambición. Agréguese á esto que los Visconti, en su calidad de Gibelinos, es decir, de imperialistas, eran mal vistos de los papas, quienes, de comun acuerdo con los Guelfos, defendían la causa de la iglesia y del pueblo. Mezclándose fácilmente las pasiones políticas á las creencias religiosas, sucedía á menudo que los Gibelinos profesaban errores en materia de fé, que los pontífices tenían que lanzar sus anatemas espirituales contra sus enemigos temporales, y que los pueblos consideraban como herejes á los que contrariaban las empresas terrenales de los papas. Por eso muchas almas timoratas no querían marchar bajo el pendón de la victoria; Uberto seguía con pena el partido de sus parientes, y solo lo necesario para cumplir su juramento de caballero. En una revuelta que tuvo lugar en Milan, cuando en 1602 hicieron los Torriani el último esfuerzo para entrar en ella de nuevo, Uberto fué derribado de su caballo. En medio de los combatientes, bajo los pies de los caballos, había sentido en cierto modo el soplo de la muerte. Hizo voto á la Virgen de deponer las armas empuñadas por una causa injusta, y consideró como efecto de su promesa la generosidad con que uno de sus enemigos, Guido de la Torre, le había tendido la mano para levantarlo, ayudarlo á montar, y darle campo libre, diciéndole: «No se dirá que privo á mi patria de un ciudadano como tú. ¡Feliz ella si contará muchos semejantes!»

Desde entonces Uberto se obtuvo de apoyar á sus hermanos. Ellos le causaron tantas desazones, que vió mucho tiempo confinado en Asti. Luego lo llamaron y lo llenaron de los honores que pueden alargar el amor propio sin dar poder positivo, tales como enviarlo como podestá á alguna de sus ciudades, unirlo al séquito del Emperador cuando iba á Roma, darle embajadas de puro cumplimento.

Por fin los Visconti se declararon abiertamente contra el Papa. Habiendo el cardenal-legado enarbolado el estandarte de San Pedro en el frontispicio de su palacio de Asti, predicó que todos los que concurrían, hombres y mujeres, á la destrucción de Mateo y de sus secuaces, serían absueltos (así lo cuentan antiguas crónicas) del castigo y la culpa de todos sus pecados. Excomulgó á los Visconti hasta la cuarta generación, como herejes y culpables de veinticinco crímenes. Los principales que les echaba en cara eran el ejercicio de una jurisdicción ilegítima sobre las personas y los bienes eclesiásticos, la oposición que habían hecho al armamento de sus vasallos por la cruz, las travas que habían impuesto á la Inquisición, y por último el haber libertado de las llamas al hereje Manfreda.

Ruda prueba era para Uberto, que veneraba el poder del Papa, verse envuelto en esta excomunión: así trató eficazmente de restituir la calma á los ánimos y de reconciliar á los milaneses con la Santa Sede. Parece que por seguir sus consejos se sujetó Mateo á las prácticas de devoción, y á visitar las iglesias. Un día convocó en la catedral al clero y al pueblo, les recitó el Credo, y protestó que él contenía la profesión de su fé. Pero el Papa no creyó en la sinceridad de su retractación, mantuvo la excomunión, y Mateo murió bajo el peso del anatema. No queriendo Uberto tomar parte en los negocios públicos, se condenó á la vida privada, si bien conservando el esplendor de su rango. Tan pronto residía en Milan como en las márgenes deliciosas del lago mayor, donde poseía bienes inmensos. Allí se dedicaba exclusivamente al cuidado de su familia, y como sus tres hijos, Víctor, Ottorin y Giovanni, de genio belicoso, solo vivían con él raras veces, aplicaba su solicitud á la educación de Margarita, su hija única; muy diferente del mayor número de los padres, que parece que no tienen mas objeto que formar jóvenes discretas y mujeres llenas de ligereza.

Desengañado del mundo con la edad, simpatizaba naturalmente con un hombre que, como Buonvicino, conocía, desde su juventud, el sentimiento amargo de los desengaños. Una íntima amistad se estableció entre el joven y el anciano. El primero, privado de su padre, se complacía en hallar otro en Uberto, y miraba á los hijos de este como á hermanos, á Margarita como á una hermana. Los discursos de este hombre, avanzado en la carrera de la vida, ofrecían de antemano á Buonvicino la experiencia del mundo; los pocos libros que se conocían entonces llenaban con agradables lecturas los momentos de reposo. El compañia también algunos versos de forma tosca, y tales como podían hacerse en aquella época. En Milan brillaba como excelente ginece, y como hábil en todos los ejercicios corporales. Nunca dejaba de tomar parte en las discusiones políticas, que contemplaba como la escuela del filósofo y del ciudadano. Amabanlo por la afabilidad de su trato, realzado por una varonil y constante franqueza. Los señores lo respetaban, porque sabía unir con la sumisión que exige la fuerza victoriosa, la dignidad de un infortunio inmerecido.

Maravilla hubiera sido que tal caballero no inspirara amor á Margarita. Podía él contar unos treinta años; ella apenas tenía quince, y las atenciones de Buonvicino despertaban en su corazón virginal y sin conciencia de sí mismo el sentimiento de un púdico placer. Pero esta inclinación fué por mucho tiempo desconocida de todos, aun de los dos amantes mismos. Nunca le había dicho él: Yo os amo; esas palabras que salen de los labios cuando una elocuente lengua, la de la pasión, las ha exhalado de cien maneras, todas diversas, todas mudas. Ella no sabía casi si lo amaba; nunca se lo había dicho, nunca se lo había confesado á sí misma; el único síntoma consistía en la rapidez con que latía su corazón en su presencia. Si él se alejaba, ella se quedaba abatida, como si le faltara algo á su alma, como si se viera privada de una parte de sí misma. El no la había dicho si volvería ni á qué hora; y no obstante, ella esperaba siempre. Si él tardaba, se apoderaban de su corazón todas las angustias de la inquietud. Volvía ella á verlo, nadaba en júbilo, y sentía un exceso de vida, como (así al menos lo creía) á la vista de su padre con el espectáculo de una alborada de mayo ó de una vid cargada en setiembre de fruto. Ella hubiera querido agradecerle, parecerle hermosa, generosa y buena. Sin cuidado. El la hablaba, y la vida brotaba en su corazón. Ella ambicionaba sus miradas, y cuando él las fijaba en ella, bajaba la vista ruborizada, confusa, olvidando responder á las preguntas de Buonvicino, y balbuceando algunas gracias intempestivas en cambio de las palabras corteses que él la dirigía. Si hacían juntos resonar las cuerdas de un laud, confundía turbada las notas; luego se arrepentía, se avergonzaba, se acusaba de niñería, prometía corregirse y comía otra vez las mismas fal-

tas. Entre las flores de su jardín había una preferida; entre los árboles de su bosquecillo había uno favorito; la flor era la Margarita, hacía la cual él había mostrado cierta predilección; el árbol aquel bajo el cual él se le había presentado de improviso un día en que ella lloraba la ausencia del amante. Esperarlo y verlo, sumergirse en profundas meditaciones, separarse bruscamente de él y desecharlo en seguida, tal era la historia del corazón de Margarita: vida avara de acontecimientos, pródiga de impresiones y entregada á esa misteriosa potencia que derrama tantas dulzuras y tantos pesares en el primer amor: sudores y estremecimientos del deleite que no se conoce, gemidos y cantos de alegría, lágrimas y sonrisas sin causa, temores y esperanzas sin motivo; ¡cien veces en un día en el colmo de la felicidad, y en el abismo de la desdicha! ¡embriaguez ó tortura, sea que el corazón crea tocar en la suprema felicidad, ó que se vea aterrado por el aislamiento y el abandono!

Los sentimientos de Buonvicino no participaban de esta incertidumbre movible; aunque todavía conservaba la virginidad del alma y la juventud completa de la virtud, ya había experimentado el mundo, ya conocía la vida real, comedia para aquel que la observa, tragedia para aquel que la siente. La seducción marcha á pasos acelerados; cuando no se la teme. No hay cosa que predisponga tanto el alma á la ternura como el dolor. Buonvicino sufría. Sintió que amaba á Margarita y no se opuso á su pasión. Conoció que ella lo amaba, y se complació con tal pensamiento, dichoso con las simpatías que recompensaban las suyas. Después de haber soportado las borrascas de la vida pública, echado sobre los hombres una ojeada melancólica y penetrante, que adivinaba instantáneamente el objeto de sus acciones, se reconciliaba con la humanidad contemplando una alma pura exenta de egoísmo, y virtuosa por todos sus instintos. El buscaba la tranquilidad en las emanaciones de inocencia que formaban la atmósfera en que ella vivía, y que son semejantes á esa paz divina que los ángeles derraman sobre las almas, cuyos dolores vienen á aliviar, enviados por el cielo.

Pero esta calma de la inocencia, al paso que inflamaba su pasión, la impedía declarársela á Margarita. Poseer esta virgen ingénua que un padre excelente formaba para la virtud, le parecía tan feliz como él lo sería? La fortuna de su patria y la de su casa estaban en suspenso. Podía acontecer que viviera en un pueblo libre, siendo el primero de sus conciudadanos, investido con la autoridad de un nombre, ó de un carácter mas honrado que su nombre conduciendo los destinos de su patria por las vías de la justicia y de una paz gloriosa. Pero este halagüeño porvenir tenía por árbitros á príncipes conocidos por su habitual egoísmo. Si faltaban á su palabra, si prevalecían los manejos de la ambición, podía verse no solo reducido á una vida oscura, sino condenado á un lejano destierro, precipitado en empresas en que el hombre de corazón, parecido al naufrago de alta mar, quiere entrar solo en la lucha para sostenerla con mayor firmeza, ó bien para sucumbir con menos dolor, cuando el deber ó la generosidad lo obligan á sacrificarse. Con esta duda, él no podía alimentar la llama naciente de Margarita, si no era para hacer otra víctima. Su corazón hubiera sufrido con el remordimiento de haber turbado el reposo de aquella alma virginal, esa sonrisa primaveral de la vida, que se borra y pasa como el relámpago para no volver, trayendo consigo inquietudes, pesares, desengaños, penas que devoraban el resto de nuestros días: se resolvió, pues, á callar su pasión, á disimularla por lo menos en todas sus conversaciones, por mas costoso que fuera esto á su amante corazón. Pero ¿cómo es posible ocultar el amor? Contra su voluntad, el entusiasmo de un transporte, una palabra indiscreta, una delicada atención, una de esas pequeñísimas cosas se le escapaba, que revelan á las jóvenes el hombre, cuyo ardiente aliento ha de abrir en su pecho la flor del deleite.

Los sucesos confirmaron pronto los temores que había concebido, tomando partido contra Plasencia. Aunque la conquista de esta ciudad fuera uno de los mas vivos deseos de Azone, y aunque se juzgara con derecho de recobrarla por haber pertenecido anteriormente á su padre, sin embargo, no se atrevía á atacarla de frente por no suscitar la cólera de la Santa Sede, que la tenía bajo su protección. Pero trabajaba, como dice el proverbio, por sacar las cañañas del fuego con la mano del gato. Francisco Scotto ambicionaba gobernar á Plasencia, que su familia había dominado en otro tiempo, y someterla á su poder, oprimiendo á los Laudos sus rivales y arrojando de allí á los adictos al Papa. Con este propósito se puso de acuerdo con los Fulgosi, Fontana y otras familias del país, que habiéndose apoderado de la ciudadela, proclamaron por su señor á Scotto, abolieron la supremacía del Papa, desterraron y desposeyeron cara siempre á los parciales de los Laudos, y nominalmente á Buonvicino.

El soportaba esta desgracia creyendo que Azone, según le prometía, tornaría las armas contra el nuevo tirano, y pondría á Plasencia libre en manos del Papa y de los habitantes oprimidos. Pero Azone tenía dos caras. El mismo había prestado apoyo bajo de mano á Sbotto para que se apoderara de la autoridad de Plasencia, no por afecto que le tuviera, sino para poder despojarlo sin tener que contrarrestar á la corte pontificia. Armó con efecto; todos los desterrados tomaron parte en la expedición; Buonvicino fué uno de los primeros y de los mas valientes, y con el valor que inspira el deseo de recobrar la patria perdida, pronto reconquistaron á Plasencia. Pero cuando vieron que expulsado Scotto no proclamaba Visconti la libertad, cuando mandó deponer las armas á las dos facciones, y agregó Plasencia á sus dominios como buena y valedera presa, el lector podrá formarse idea del disgusto y la vergüenza que causó á los moralistas de Plasencia, y mas que todos á Buonvicino, verse engañados de aquella suerte y ver defraudadas sus legítimas esperanzas. Este último despojado de sus bienes y retenido en Milan, veía desvanecerse juntamente la grandeza de su patria, el lustre de su familia, los sueños de su juventud, sin que le quedara mas herencia que la que era muy comun en aquel tiempo en los caballeros italianos, el valor de su brazo. Pero él no se hallaba dispuesto á ofrecerse al que mejor le pagara. El debía recurrir á su virtud y á buscar en ella ese goce íntimo, que aun en el seno de las mas horribles miserias acompaña y consuela á las víctimas de una justa causa.

Persuadióse de que ya no podía pensar después de tal contratiempo en unir su suerte á la de una joven de tan elevado

nacimiento, y á quien su amor por ella hacia digna de la condición mas sublime. Per no mostrar que desertaba la causa de sus hermanos de infortunio, aliándose con la familia del tirano de su patria, comenzó á no ver á Margarita sino á raros intertenura que le inspiraba, y llegó á convencerse que la había desterrado completamente de su corazón.

En la corte de Azone había conocido al caballero Francisco Pusterla, que ocupaba entonces en ella un puesto distinguido, sin abusar jamás de su posición ni para perjudicar á otros, nutrido con el recuerdo de las antiguas virtudes italianas, se hallaba animado de noble entusiasmo por el bien de la patria. Tal vez ese género de debilidad, que consiste en parodiar las ostentaciones y de los goces de la vida, lo hacían incapaz de resistir á la fascinación ó á la embriaguez del poder. Las faltas del príncipe no le inspiraban el atrevimiento de censurárselas, y mucho menos el de oponerse á su ejecución: demasiado seducido por el atractivo del primer rango en la corte y la ciudad, no comprendía que tanto mas grande es la distinción, cuanto mayor es el desprecio que se siente por los bienes que codician las almas vulgares.

Buonvicino lo creyó capaz de hacer la felicidad de Margarita. Las dos familias tenían entre sí vínculos de amistad. Los defectos de la juventud pasarían con ella, y Pusterla poseía todo lo que puede satisfacer á la vista, á la inteligencia y á la imaginación de una joven. Margarita, colocada en alta posición, y digna de sus virtudes, podía, feliz en el interior, ser fuera el modelo de las mujeres lombardas. Amigo familiar de las dos casas, Buonvicino arregló esta alianza, que agradaba mucho á Uberto Visconti, contento con unir su hija querida con un caballero tan cumplido. Aún mas lisonjeado estaba Pusterla con esta union, que debía hacerlo dueño de una mujer sin igual, famosa por su belleza y sus gracias, que le daba entrada en la casa reinante.

Apenas se percibió Margarita de la frialdad de Buonvicino, apenas vió que evitaba las ocasiones de encontrarla y que se abstenia de las ocupaciones á que se solían entregar juntos, tales como tocar el laud, leer la divina comedia del Dante y algunos otros libros franceses ó provenzales, se apoderó de su alma, como es de suponer, una profunda melancolía. Ella examinaba una á una todas sus acciones, todos sus pensamientos, para descubrir lo que podía haberle desagradado, y no pudiendo hallar ninguna falta, se desolaba y prorrumpe en llanto. Entonces, se confesaba el amor que sentía por él, lo acusaba de cruel porque no correspondía á su pasión, y sus reflexiones se encaminaban por esta pendiente á juzgarse vana y loca por haberse creído amada por él. ¿Se lo había confesado alguna vez? Acaso no había él puesto en ella ni por un momento uno solo de sus pensamientos. Ingeniábase para probarse á sí misma, que las atenciones de Buonvicino eran solo efecto de la cortesía de un caballero, los modales propios de todos los señores hacia las jóvenes; luego, su corazón quería contradecir á su razón, y le recordaba esas mil pequeñeces inefables, que tienen tanto precio á los ojos de los amantes. Él despertaba en ella la poesía de los primeros movimientos del alma, tantos trasportes interiores que el rostro no revela, tantos temores de no ser comprendida, tanta alegría por haberlo sido. Estos recuerdos la persuadían de que Buonvicino la había amado, y su imaginación se perdía cada vez mas en ese laberinto de impresiones diversas que exaltan un deseo no satisfecho, una esperanza defraudada. Unas veces se echaba en cara el no haber cubierto bastante su pecho, otras el no haberlo cubierto con tupidos velos, y no percibiendo en lo pasado y lo presente mas que disgustos y sufrimientos, procuraba desterrar de su memoria las ilusiones que la habían seducido, y burlarse de ellas. Se vanagloriaba de ser libre, de haberse curado, de haberse relejado al olvido; volvía á renovar sus lecturas, á tocar el laud, á pasearse; pero los sonidos del instrumento le recordaban la voz que acompañaban de continuo; los libros le ofrecían mil alusiones á sus sentimientos actuales ó pasados, pasajes que él la había explicado en otras ocasiones, y que todavía exigían su intérprete; ¡y cuán tristes y monotonos no eran aquellos paseos solitarios, sin la esperanza de encontrar á su amante en su camino!

Pero aun para las grandes pasiones es el tiempo buen remedio.

Margarita debió por fin convencerse de que había sido juguete de una ilusión, cuando vió á Buonvicino negociar su matrimonio con Pusterla. Este amor que no había tenido mas alimento que el de su propio atractivo y el de sus propias esperanzas, debía desprenderse al cabo sin mucho esfuerzo de su corazón. En torno de ella no resonaban mas que elogios de Pusterla; las proezas que había hecho en la última expedición contra Plasencia habían difundido su fama por toda la Lombardia, y esto era lo suficiente para abrir el alma de Margarita á las seducciones de un nuevo amor. ¡Qué mujer no ambiciona poder decir de un hombre cubierto de gloria: «Me perteneció!»

Por esta razón, cuando su padre la preguntó si sería feliz casándose con Pusterla, no rechazó ella la idea de este enlace.

Cuando conoció á este joven señor, y vió que se hallaba dotado de todas las cualidades que son patrimonio de un verdadero caballero, bendijo al cielo que le dispensaba tal favor y en él cifro toda su futura felicidad. Y apenas se sintió dispuesta á amarlo, y comprendió que sería amada por él eternamente, le prometió en el altar el mas vivo, el mas tierno y el mas celestial cariño.

Todas las crónicas de la época alaban con voz unánime á la nueva esposa. «Bella, dicen, cortés, con talento, afable con sus servidores, caritativa con los pobres, de buen carácter, amable conversacion, de humor igual, de dulzura inalterable, que es en las mujeres el primero de los dones y el mas precioso, porque él contribuye á su felicidad y á la de todos los que la rodean.» Es verdad que tuvo defectos; ¿qué criatura no los tiene? pero los historiadores, no los mencionan, tal vez porque se juntó con el encanto de una gran juventud un infortunio grande tambien; porque el hombre se halla tan inclinado á olvidar las imperfecciones de los que le inspiran compasión, como á inventarlas en aquellos que le causan envidia. Por otra parte, hemos sabido que sus iguales la acusaban de procurar aparecer bella, buena y virtuosa. Los que creen que la suprema virtud consiste en abstenerse, le inculcaban el mezclarse en

las desdichas de otro para aliviarlas; hacia bienes, y por consiguiente algunos ingratos, que procuraban escusar su ingratitude con la maledicencia; estos decian que su devocion era fatuosa; aquellos, que sus beneficios no partian siempre de un risica; aquellos, que una intencion recta: el mayor número le reconocian puro ni de un mundo porque preferia la sencillez del sentimiento y la simplicidad de la franqueza á esas urbanidades acompaadas que la sociedad enseña y pretende imponer. En una palabra, poseia las virtudes necesarias para provocar la censura y hacer la felicidad de los que tenian la fortuna de conocerla y de tratarla. ¿Qué se dirá del que la poseia?

Las singulares ideas que se tenian entonces acerca del matrimonio permitian á una mujer, mucho mas si era hermosa y de elevado rango, obligaban á una mujer á atraerse uno ó muchos caballeros que le dedicaban sus empresas, seriamente en la guerra ó por pura galanteria en los torneos. Margarita esquivó este uso de su tiempo, porque no creia que se pudiera convertir la moral en un juego ó asunto de moda.

Si el pensamiento de Buonvicino no le vino á la memoria, si no recordó los primeros sueños de su juventud, es cosa que no ha podido decirse. Lo que se sabe es que el primer amor se borra con dificultad, ó no se borra nunca. Lo que se sabe igualmente es que la virtud mas rígida no inculpa inocentes recuadros.

Por diferentes sentimientos pasó el corazon de Buonvicino. Habia creído erradamente estinguida la pasion, que solo estaba adormecida, y cuando vió como su querida acrecentaba de dia en dia la felicidad de Pusterla, sintió reanimarse la antigua llama. Autorizándolo la amistad á frecuentar la casa de Margarita, pudo ver desarrollarse en la mujer los gérmenes de las virtudes que habia descubierto en la jóven, la constante y apacible serenidad que infundia en la vida de su marido, le mostró los frutos de la educacion á que él habia asistido. Los sueños de alegría inocente y tranquila que lo habian hechizado en los dias de sus dorados ensueños, cuando le sonreia la esperanza de poseer un dia el bien supremo, los veia realizados, pero realizados por la felicidad de otro amigo, y á quien él mismo le habia preparado esa bienaventuranza; y ese amigo, cada vez que se veian, derramaba en su seno la plenitud de un corazon, embriagado de júbilo, le pintaba con el ardor de un nuevo espeso las virtudes de Margarita, que creia cada vez mas perfecta, y lo bendecia por haber inclinado á un enlace tan feliz.

Alimentada de esta suerte por la conviccion de las prendas relevantes de su amada, y encerrada no obstante, de modo que no pudiera traspasar nada, la pasion de Buonvicino crecia rápidamente; él llamaba en su socorro la razon (¡la razon! es este remedio para olvidar ó prevenir; pero cuando la pasion está encendida, ¿dónde está la fuerza de la impotente razon?)

Entre tanto, el amor de Pusterla á Margarita se habia debilitado, y muy pronto se dedicó al cuidado de agradar al príncipe. Me equivoco; su amor no habia disminuido, pero lo mezclaba un poco con el humor de nuestros modernos á todas las pequeñas ambiciones mundanas; lo sofocaba con un tumultuoso conjunto de pensamientos estraños, y para distinguirse en los empleos, las armas y la magnificencia, abandonaba las delicias del hogar doméstico, á las que era poco sensible, inclinado, como hemos dicho, á buscar la felicidad en las tempestades del alma ó las agitaciones de la vida. Así, cuando pasó el primer hervor de su amor á Margarita, buscó en amores diferentes, ó en lazos reanudados de efimeras pasiones, goces menos pacíficos y mas ardientes. Sin embargo, lo repito, su ternura y su afecto hacia su esposa no habia disminuido: fenómeno que me detendría á explicar si fuera mas raro.

(Continuará.)

UN VIAJE A SIMANCAS.

III.

Entre los vecinos de Simancas á quienes vivo agradecido por los obsequios que tuvieron la bondad de tributarme, figura un ciudadano, cuyo apellido no podré nunca olvidar, si quiera por la rara circunstancia de que coincidia con un defecto físico del individuo, aunque el tal defecto debería mas bien calificarse de exceso. Llamábase dicho señor D. Florentino Seis-dedos, y tenia efectivamente seis dedos en una mano, que no recuerdo si era la derecha ó la izquierda: solo conservo en la memoria la idea de que el defecto, ó si Vds. quieren el exceso-físico en cuestion era tan hereditario, como el apellido en la familia de D. Florentino. Su abuelo tenia seis dedos, su padre seis dedos, él y sus hermanos seis dedos, todos sus hijos tenian, en fin, seis dedos, y la mujer de D. Florentino, que era una señora estimada por sus prendas morales, temblaba á la sola idea de dar á luz una criatura con cinco dedos, porque la honra de aquella buena señora dependia ya hasta cierto punto de legar á sus descendientes la falta hereditaria del marido. Así, cada vez que venia un nuevo fruto de bendiccion en aquella familia, no se preguntaba si era varon ó hembra, sino cuántos dedos tenia, y la fiesta del bautismo se celebraba con doble regocijo por el feliz alumbramiento y por el sexto dedo de la criatura.

He dicho que la imperfeccion de la mano coincidia con el apellido de D. Florentino, y quizá esta circunstancia no era tan casual como parece á primera vista, pues tal vez en los tiempos en que los remotos ascendientes de dicho señor adoptaron el espresado apellido, lo tomaron de la mencionada imperfeccion, aunque nada se ha podido saber sobre el particular. El único que yo sé de positivo es, que D. Florentino tenia en las exigencias de sus manos un comodín que satisfacía siempre á su vanidad. Si jugaba mal á la pelota ó al billar, si era mal tirador de escopeta, si cometia en fin cualquier falta en los ejercicios que dependen de la agilidad de las manos, la culpa no era suya, sino del dedo. Jamás habia usado guantes, porque decia, y con razon, que era imposible hallarlos en ninguna fábrica del mundo acomodados á sus manos, ó por lo menos á la mano del dedo, y sin embargo estaba orgulloso con aquella falta, que era sobra, porque cuando disputaba con algnano en términos de llegar á las manos, podia hacer esta amenaza, que solo pertenecía á los individuos de su familia: «cállese Vd., si no quiere que le eche encima los seis dedos.»

Era D. Florentino un rico propietario, que contaba en el número de sus propiedades un monte situado á dos ó tres leguas de Simancas, y así el obsequio mas natural y digno que creyó hacerme fué el de convidarme á una cacería, convite que yo acepté con mucho gusto, aunque siempre he sido poco aficionado á la caza, quizás porque he sido siempre mal cazador.

Mis lectores saben que en este mundo hay varias especies de caza, como hay diversas clases de cazadores. Respecto de estos, los hay de profesion, que por la punteria que adquieren en la práctica, llegan á quitar de un balazo el ala izquierda ó derecha á un mosquito, y los hay de aficion, que cazan rara vez ó cazan á fuerza de gastar en municiones diez veces mas de lo que vale la caza, con que vuelven muy ufanos. Además se sabe de ciertos cazadores de aficion, que compran la caza; gastando el dinero por el gusto de mentir, y por eso los cazadores de profesion andan generalmente á caza de los aficionados, que aflojan mas de lo que vale una ternera, por tener el orgullo de presentarse en casa con una liebre. Tambien hay cazadores y aun compañías de cazadores, y hasta regimientos de cazadores en el ejército, lo que se comprende muy bien considerando que la guerra no es otra cosa mas que una cacería, donde los que cazan se esponen á ser cazados, así como la caza es una batalla de hombres armados, generalmente contra seres inofensivos que no pueden volver las tornas, ni siquiera con los ardides de la diplomacia. Citaré, por último, otra clase de cazadores que no cazan nunca, como no cacen alguna peluca ó puntapié, y estos son los lacayos de los grandes señores, que suelen ir en la traserera de los coches, muy engalanados con plumas sin ser aves; con uniforme sin ser militares, y con un machete ó espadin, de que nunca hacen uso, de modo que todo en ellos es fachada, todo mentira, empezando por el nombre y acabando por donde ustedes quieran.

En cuanto á los diversos géneros de caza, me abstendré de citar los que pueden considerarse como ilícitos, y que por lo comun tienen lugar en poblado; diré solamente de estos, que estan comprendidos todos en la vulgar y genérica y espresion de la caza de gangas, caza que tambien podia tomar el nombre de pesca.

La caza en el campo puede ser con galgo; pero esta se limita á la persecucion de las liebres, porque mientras no tengamos galgos con alas, no debemos pensar en emplearlos contra las perdices; puede tambien verificarse con huron, el verdugo de los conejos; pero esta caza es innoble por su forma, y por lo comun muy pesada, pues el tal huron suele cebarse en la sangre de los conejos, que es para él una especie de narcótico, y así ocurre algunas veces que el vicho se queda dormido, y hace estar de planton á los cazadores hasta que despierta. Queda pues la caza de ojeo, que es la mas divertida y la que por esta razon eligió para obsequiarme D. Florentino Seis-dedos.

Esta caza consiste en colocar á los cazadores escalonados en una direccion dada, y en frente de ellos forman linea paralela unos cuantos hombres que dan voces, sacuden con palos las encinas, y tocan diferentes instrumentos, andando siempre hacia donde estan los de las escopetas, de modo que con aquella greca y griteria que arman espantan á los conejos, liebres y perdices que se hallan al paso, y los pobres animales huyen de Málaga para entrar en Malagon, viniendo generalmente á recibir en la mitad de su carrera la muerte, una herida ó cuando menos un susto, que no deben echar del cuerpo fácilmente.

El ojeo á que me refiero fué, como todos, alegre, porque es imposible no estarlo cuando el silencio del campo se ve interrumpido por una serenata infernal, en que uno canta, otro grita, uno toca la dulzaina y otro el almirez, uno hace variaciones de jota, y otro acompaña seguidillas manchegas; en fin, donde toda esta música recibe luego el refuerzo atronador ya que no armónico del tirote, y el rumor de las hojas y de las yerbas agitadas por los conejos y liebres que brincan de contento cuando ven pasado el peligro, y alegran á los cazadores cuando entregan la piel. Si algo hubo de nuevo en el ojeo de que voy hablando, fué debido únicamente al carácter particular y á las estrañas cualidades que para la caza manifestamos los que tomamos parte en aquel simulacro de caza.

Confieso francamente que siempre he sido torpe para las armas de fuego; para matar un buey á la distancia de treinta pasos necesito tirar por la parte mas corta treinta veces, y sin embargo puedo decir con orgullo, que yo era el mas hábil tirador de todos los cazadores, invitados por D. Florentino.

Pueden Vds. figurarse cómo se burlarian de nosotros los conejos, que tanto abundaban en el monte, y para los cuales nuestras escopetas llegaron á ser una especie de reclamo, de que se burlaban impunemente. Como los cazadores éramos muchos, y las escopetas de dos cañones, cuando se presentaba la caza, resonaba en toda la linea un fuego graneado, que imitaba perfectamente el redoble de un tambor, y el resultado de todo aquel estrépito podia espresarse por el siguiente parte de cierto general, que resumia de esta manera las ventajas de la victoria: «Entre muertos, heridos y prisioneros... ninguno.»

Desgraciado, muy desgraciado era el conejo que parecia en la refriega, y podia decir que no eran los perdigones los que le quitaban la vida, sino la fatalidad, el destino, la suerte, ese incomprensible misterio á que damos el nombre de casualidad. El afortunado conejo que tenia serenidad para dar tiempo á la punteria, escapaba sano y salvo, y si alguno matábase, era porque apuntábase á otro.

Pero el mas desgraciado de todos era el dueño del monte, porque no solo no se estrenó en los tres dias que duró el ojeo, sino que estuvo cuatro veces á punto de perder la vida, y diré cómo.

Hallábase D. Florentino en el punto que se le habia designado, esperando la caza con la mayor calma del mundo, cuando de pronto sintió un ruido detrás de él como de algun animalito que removia los tomillos al pasar: volvió rápidamente la cara y la escopeta creyendo encontrar liebre ó conejo, pero la escopeta se le cayó de las manos al ver un terrible jabaí que se le acercaba, al parecer con siniestras intenciones, dándole apenas tiempo para encaramarse en una encina.

«¡Un jabaí! ¡un jabaí!» exclamó el buen hombre cuando ya andaba por las ramas, y este grito de alarma se difundió con la rapidez del rayo entre todos nosotros, que lejos de esperar á la fiera, tiramos las armas y buscamos tambien la salvacion en los árboles, como D. Florentino Seis-dedos, ó si ustedes quieren, como el célebre Carranza: en aquel momento se presentó una nube de liebres y conejos cruzando sobre nuestras escopetas, que

yacian en el suelo, y uno de los animalitos, tocando con una pata en el gatillo de una de las escopetas, hizo salir el tiro, cuyos perdigones fueron á clavarse en el tronco del árbol en que se guarecia D. Florentino.

Hé aqui la ocasion en que podian haberse vueltolas tornas, siendo los hombres cazados por los conejos; pero afortunadamente los enemigos tuvieron piedad de nosotros y huyeron, sin producirnos mas daño que el susto que dieron á D. Florentino. La segunda parte de esta peripecia fué mas cruel: los ojeadores, asombrados de no haber oido mas que un tiro, y aun este fué disparado por un conejo, cosa que ellos ignoraban, llegaron hasta nosotros y se desternillaban de risa viéndonos encaramados en los árboles. Nuestra incapacidad para la caza era tan visible, que el respeto con que los ojeadores debian tratarnos, se convirtió en desden, y nosotros teniamos que aguantar las burlas de los tios, á quienes sobraba la razon para desdeñarnos, puesto que uno de ellos, sin mas arma que un buen garrote habia muerto de un francozo al jabaí que nos hizo arrojar las escopetas.

Al dia siguiente nos levantamos temprano, resueltos á volver por nuestra honra mancillada; pero nuestra impotencia era tan grande como nuestro deseo. Pasábamos el monte en todas direcciones, hacíamos unidades, decenas, centenas de descargas y todo inútilmente. En una de estas repeticiones nos digieron los inteligentes ojeadores, que estuviésemos prevenidos porque íbamos á ver mucha caza, y yo decia para mi capote: la verás, pero no la catarás. En efecto, nos pusimos en órden, y cuando esperábamos oír las voces de los ojeadores, oímos la voz de D. Florentino, que gritaba otra vez furioso:

«¡Un jabaí! ¡un jabaí!!!»

«¡Qué diablo! dije yo para mí, no parece sino que los jabaíes se han propuesto matar á todo trance al dueño del monte, en pago de la hospitalidad que le deben; y jugando el todo por el todo me encaminé al sitio del peligro, resuelto á matar al jabaí ó á morir con honor; pero grande fué mi sorpresa al ver que el animal que D. Florentino habia tomado por un jabaí, era un conejo de los mas hermosos que he visto en mi vida. Le tiré como era natural, y no le maté como era consiguiente, porque lo raro entre tales cazadores hubiera sido, que diésemos en el sitio hacia el cual dirigiamos la punteria. El conejo huyó sin decir por qué, y todos los cazadores volvieron á bajar de los árboles adonde nuevamente se habian encaminado; pero allí acabó la fiesta del segundo dia de caza, porque Don Florentino se habia sobrecogido de tal modo con el susto que le dió el conejo á quien tomó por jabaí, que fué necesario llevarlo entre cuatro á la casa del guarda, donde le entró una calentura que le duró hasta cerca de media noche.

El peligro del tercer dia fué del modo siguiente. Habia yo oido estas palabras, que el guarda dijo á D. Florentino: «Tenga Vd. fija la vista en esa zarza, porque allí debe venir á guarecerse una liebre en este ojeo,» y con esta advertencia tenia yo la vista clavada en la zarza, resuelto á descargar sobre ella tan pronto como notase allí el menor ruido ó movimiento. Pero D. Florentino, que no queria errar el golpe tirando desde lejos, se desizó por entre las encinas, yendo á ocultarse en la susodicha zarza, cuyas ramas empezó á mover con el roce del cuerpo, creyendo que aquel movimiento era producido por la liebre, me eché la escopeta á la cara y empecé á andar despacito hacia la zarza, diciendo para mí: ahí está ese pobre animal, que va á pagar por todos. Dudaba si apuntar un poco mas alto ó mas bajo, y me decidí á dirigir la punteria al medio; pero en el momento en que iba á soltar el tiro, hice ruido con los pies. D. Florentino, que oyó este ruido, se levantó gritando como de costumbre: ¡Un jabaí! ¡Un jabaí! visto lo cual, yo, bajé mi escopeta, contento de no haberla descargado, pues tal era la desgracia de D. Florentino, que yo que no aprovechaba un solo perdigon tirando á los conejos, probablemente no habria desperdiciado uno solo apuntando, sin saberlo, al cuerpo de aquel buen hombre. Entonces nos persuadimos de que D. Florentino estaba destinado á perecer en la cacería, y allí se acabó el ojeo. Pero ¿qué digo? allí es donde el ojeo empezó realmente, pues convencidos de nuestra incapacidad, dimos las escopetas á los ojeadores, que en menos de tres horas nos trajeron cuarenta y dos piezas entre conejos y liebres, y regresamos á Simancas llevando aquel trofeo postizo de las glorias de nuestra expedicion.

Así acabó la cacería, y al dia siguiente tomé la diligencia para Madrid, abandonando con pesar el pueblo hospitalario de Simancas, cuya etimología voy por último á referir á Vds.

Estaba yo preparándome á emprender la marcha, cuando oí decir á mi patrona:

«A ver si me proporciona Vd. otro francés, porque el que tenia en mi casa se va á Madrid.»

Salí yo de mi cuarto y me encontré con la tía Calesparra, que era el verdadero archivo de la poblacion.

«A propósito, dije, tía Calesparra, ¿me sabrá Vd. decir por qué le han dado á este pueblo el nombre de Simancas?»

«Si señor, contestó la vieja, y empezó así su relacion: ha de saber Vd. que cierto maragato llegó á ser rey de Castilla...»

«No era un maragato, interrumpí yo, sino un hombre llamado Mauregato, que fué rey de Castilla y Leon, el cual, para consolidar su poder, se coaligó con Abderramen, rey moro de Córdoba, á quien ofreció el tributo anual de cien doncellas.»

«Pues entonces, dijo la tía Calesparra, escuso hablar, porque sabe Vd. tanto como yo.»

«Perdone Vd., repuse yo, conozco este episodio de la historia; pero ignoro la conexion que pueda tener con el nombre de Simancas.»

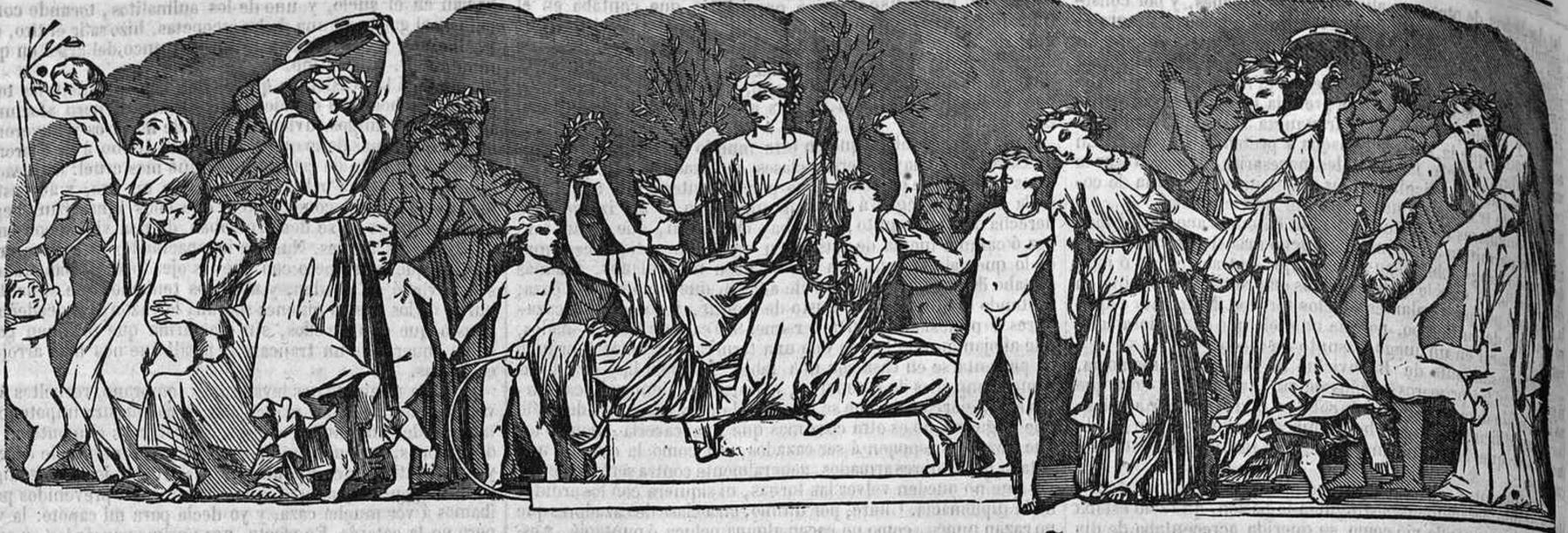
«Pues oiga Vd., continuó la vieja: desde que las doncellas de este pueblo supieron la suerte que las esperaba, tomaron todas la resolucion de cortarse un dedo, para ver si por esta falta las rechazaba el moro, como así fué, porque el rey de Córdoba, al ver á las muchachas que llevaban un dedo de menos, las despidió diciendo: «Así mancas, no las quiero; y ahí tiene Vd. la esplicacion de lo que deseaba saber.»

Mucho me gustó, francamente, la etimología que cuento aquí tal como me fué contada; y no me pregunten Vds. por qué se suprimió la A de la respuesta de Abderramen, pues tendré que dar la contestacion que recibí de la tía Calesparra, á quien hice la misma pregunta.

«¿Por qué se hizo la tal supresion?»

«Porque... velay.»

J. M. VILLERGA.



# CANCION ESPAÑOLA.

LETRA DE D. ANTONIO HURTADO,

MUSICA DE ASENJO BARBIERI.

(M: M: 104 - ♩.)

CANTO.....

Allegretto.

PIANO.....

*F.*

Ca-da vez que mi - ro y to - co e - sos

tar - ros de cris - tal, sien-to den-tro de mi pe-cho el in - fier-no re - bra-mar. Ca-da

1.ª vez.



## RECUERDOS DE UN VIAJE A LA TARTARIA Y AL THIBET.

## USOS Y COSTUMBRES TÁRTAROS.

El estado presente de la China, amenazada de una revolución que debe echar por tierra su alta muralla, y entregar á la curiosidad y al comercio del mundo el estudio y la explotación de aquella misteriosa region, aumenta la oportunidad de un libro que hemos recordado á propósito de las fiestas de año nuevo. Todo el mundo puede ir á Londres ó á Roma; todo el mundo puede esperar ver á Constantinopla ó Jerusalem. Pero ¿quién ha visto el lago salado de Kuku-Noor? ¿Quién se ha parado ante el Consistorio de las Cinco-Felicidades en la ciudad de Hia-Ho-Po? ¿Quién podría decir lo que es un taitai de glóbulo azul ó de glóbulo rojo? Nadie seguramente, y en mucho tiempo todavía nadie emprenderá este viaje de dos mil leguas á través de un país desconocido, donde es mas comun el hallar ladrones ó fieras, que caminos abiertos. Decimos dos mil leguas, porque no comprende mas la parte del viaje que refiere M. Huc; pero su relacion se detiene en el momento en que él y su compañero pasan las fronteras occidentales de la China, en la capital de la provincia de Sse-Tchouen, donde debían ser juzgados por orden del emperador.

Los naturalistas encontrarán en este libro la descripción de los animales que no existen en París; los geógrafos conocerán la verdadera posición de ciudades colocadas aventuradamente en los mapas, y tendrán que suprimir pueblos que no existen y que no han existido, donde nos enseñaban que había una poderosa nacion. Pero lo mas interesante para todos del libro de M. Huc, es el cuadro vivo de los hábitos y costumbres de pueblos desconocidos, en medio de los cuales han pasado muchos años los dos misioneros, llevando su traje y conformándose con sus usos.

Las cualidades personales de los dos sacerdotes, y sobre todo las del narrador, aumentan el interés de la narración; su modestia hace resaltar su inalterable valor. M. Huc no contaría tan bien, si no reuniera á su talento la sencillez que realza su estilo. Muchas veces se quiere como sentir en ellos, á pesar de la túnica amarilla del lama mongol con que se encubren, el noble orgullo del europeo y el cristiano.

En 1846, tercer año del viaje de MM. Huc y Gabet, publicaba un diario de Macao las noticias siguientes, fechadas en Canton:

«Los misioneros de nuestra ciudad acaban de recibir la noticia de la muerte lamentable de dos padres de su misión en la Tartaria mongol... Cuando los misioneros se juzgaron bastante instruidos en la lengua mongol, penetraron en lo interior con ánimo de comenzar su obra de conversión... Desde entonces solo se recibieron noticias inciertas de ellos; pero en mayo se supo que habían sido atados á la cola de caballos, y arrastrados hasta que murieron.»

Gracias al cielo, los dos intrépidos misioneros leyeron las líneas anteriores poco después de haber sido escritas, de vuelta á Macao, sanos y salvos, librándose del martirio, y de otros peligros mas frecuentes y muy terribles.

«Cuando se emprende un viaje como el nuestro, no se deben temer los elementos. Los que temen morir en el camino, no deben atravesar el umbral de su puerta.» Así habla, en el momento en que la caravana va á abrirse camino á través de un pantano sembrado de precipicios, formado por ocho ramales del Hoang-Ho, un discípulo joven de los misioneros, que se ha hecho fiel servidor de los que lo han convertido.

Y Samdadchiamba tiene razon; todos los elementos les son contrarios.

Cuando necesitan ponerse en camino, después de dos meses de residencia en la capital del Thibet, las llagas abiertas por el frio del desierto no estaban aún cerradas. En efecto, no es raro el hallar en la Asia central viajeros muertos de frio.

Al despertar una mañana en el país de los Ortois, ven que el sitio donde habían colocado su tienda estaba cercado de cien pozos anchos y profundos, y que no podían andar cincuenta pasos en línea recta sin caer en uno de aquellos abismos, que habían cruzado por la noche sin sospechar el peligro que corrían.

Tratábase un día de pasar el Bourhan-Bota, que significa cocina de Buddha; los caballos resisten, los rostros palidecen, las piernas flaquean, se caen, y necesitan levantarse y llegar á la cima, so pena de morir asfixiados en medio de una atmósfera emponzoñada. El Bourhan-Bota es la primera y no la mas formidable de las montañas que defienden la entrada del Thibet, y no hay ejemplo de caravana que no haya dejado algunos asfixiados por los pestíferos vapores, muertos de frio, ó precipitados al fondo de un abismo por algun vértigo. Otras veces el fuego devora los pastos donde han levantado la tienda, los rodea y quema los camellos.

Los habitantes de Europa, acostumbrados á tanto camino, tanto carruaje y tantas posadas, ¿cómo podremos formarnos idea exacta de un viaje por la Tartaria mongol? El valor humano puede flaquear cien veces en la prueba.

«¿Cuántas veces, en medio de los dolores que les aguardan, pueden preguntarse MM. Huc y Gabet: ¿somos nosotros, franceses, quienes estamos aquí, prisioneros en el Thibet, ó bien buscando el sueño en la escalera de una pagoda china? «Nos hallábamos abandonados á nosotros mismos en tierra enemiga, sin esperanza de oír jamás voz de hermano ni de amigo. Pero ¿qué importa? Sentíamos el corazón animado, caminábamos alentados por aquel que ha dicho: Id é instruid á todas las naciones. Yo soy con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Dispuesto otra vez á comparecer ante un juez, no sabiendo qué suerte le aguarda, y en todo caso preparándose para el martirio, el piadoso misionero esclama: «¿Qué buena es la confianza en Dios en medio de las tribulaciones de la vida!» Y llenos de fé, hallando su consuelo y su fuerza en el Evangelio, libres del peligro, sin pensar mas en él, prosiguen su camino.

Y á pesar de sus sufrimientos, del hambre y la sed cotidianas, comienzan á amar el desierto. La Tartaria no oculta en su vasta extensión florestas silvestres; es una llanura sin fin, entrecortada á veces de lagos, rios y montañas; sus habitantes la llaman la tierra de las yerbas. Perdidos en aquellas verdes praderas, como en medio del Océano, su soledad inspiraba á los misioneros un sentimiento melancólico y religioso.

Como el desierto y sus tristes bellezas, les gustan también su vida y el pueblo pastor y nómada que lo habita, y cuyas costumbres les recuerdan los tiempos patriarcales. De tal modo se acostumbran á este género de vida, que cuando se acercan á la China, al aproximarse á la civilización (la civilización china, es verdad), se les figura que no podrán soportar la nueva atmósfera; se sienten como oprimidos y sofocados, y prefieren á las posadas el salirse de las ciudades y levantar su tienda; para preparar en ella su sábio alimento. Si al llegar á alguna ciudad fronteriza encuentran alguna familia mongol, se complacen en pedirla hospitalidad, y en hablar de la tierra de las yerbas.

Su simpatía hacia los mongoles es tan marcada, que casi hacen que nosotros los amemos, y sin embargo en las costumbres tártaras hay detalles que no deben hacernos olvidar las buenas y sencillas cualidades de ese pueblo semi-salvaje, pero que lo hacen mucho menos atractivo.

Así, los mongoles son sucios, su tienda sofoca por su mal olor; el que despiden sus vestidos grasientos es tal, que levanta el estómago; tan sucios son, por fin, que los chinos, que están lejos de ser limpios, los llaman tártaros fétidos.

Es cierto que son sobrios; pero el apetito que despliegan ante un manjar nuevo haría creer que su sobriedad ordinaria es mas bien una necesidad del desierto que una virtud. No nos aventuraremos á describir un banquete tártaro, compuesto de entrañas de carnero. Bien entendido que no hay ni mesa ni mantel, ni platos ni tenedores; cada uno arranca con los dedos una parte de aquellos intestinos humeantes, y los devora con un placer, que repugna á los franceses convidados á esta fiesta.

Pero estos son festines extraordinarios. Té y empanadas, té de todos modos, con leche y manteca, componen su comida ordinaria. Los tártaros no ponen en infusión de agua hirviendo las hojas del té. Las hojas son prensadas, de manera que juntas vienen á tomar la forma de ladrillos. Para hacer el té los mongoles cortan un pedazo de ladrillo, lo hacen polvo, lo ponen en una marmita de agua hirviendo, que toma un color negrozco, y beben esta composición con deleite.

El té, base principal del alimento tártaro, sirve también para los cambios; el sistema monetario está poco en uso; el té reemplaza á la moneda; cinco té representan el valor de una onza de plata.

El café es un artículo desconocido de los tártaros; en cambio de él suelen tomar tabaco en polvo después de sus comidas. Como en Francia en tiempo de Sganarella, es muy político y amable en Mongolia el ofrecer un polvo á los amigos.

Mr. Huc compara la vida de este pueblo del desierto á la de los patriarcas de la Biblia. No nos parece perfecta la analogía; los mongoles son pastores y nómadas, pero en los Recuerdos de viaje no vemos una sola vez aparecer el patriarca.

En Tartaria hay señores y esclavos. Los señores, los taitai, que llevan un glóbulo azul en el gorro, son todos parientes del rey ó jefe de la tribu. Ellos poseen el territorio, tienen el derecho de exigir ciertos trabajos, y pueden condenar á muerte á sus esclavos en ciertos casos. La suerte de estos difiere poco de la de los nobles; unos y otros viven en las tiendas, y apacientan sus rebaños; sus costumbres son iguales, y los taitai llaman hermanos á sus siervos.

Así como en la edad media se libraba el siervo de la dominación del señor entrando en la iglesia, en Tartaria el esclavo deja de serlo haciéndose lama.

Los lamas ó sacerdote de Buddha, que forman casi un tercio de la población, guardan todos el celibato. La vida de la familia se reserva á los legos, llamados allí los hombres negros, porque dejan crecer sus cabellos, mientras que los lamas llevan la cabeza afeitada.

Los mongoles se casan muy temprano; sus padres arreglan los matrimonios sin que lo sepan los futuros esposos, hasta que todo está definitivamente concertado. La mujer no aporta dote, y sus padres reciben del novio presentes, cuyo precio ha sido tratado de antemano; por eso los tártaros dicen naturalmente: He comprado tal joven para mi hijo.

Dispuesto todo, el padre y los próximos parientes del novio van á sentarse en casa de los padres de la novia á la mesa del festín, donde ofrecen á cada uno un vaso de vino hecho de leche fermentada, en el fondo del cual se halla una moneda; se bebe la leche y se guarda la moneda. Esto se llama sellar el acto.

El día de la boda, el futuro envía una diputación en busca de la novia. Después de un simulacro que figura un rapto, la joven corre á caballo á su nueva habitación. Después de enganarse, va á la tienda de su suegro, donde se prosterna ante la imagen de Buddha, delante del hogar y los parientes del marido, en tanto que los lamas pronuncian las oraciones consagradas. Al mismo tiempo el marido ejecuta las mismas formalidades en casa del padre de su mujer.

Durante la ceremonia llegan los convidados trayendo consigo comestibles y rebaños; estos presentes que se hacen al padre del novio, sirven para indemnizarlo de los gastos hechos para recibir á los huéspedes. El banquete de la boda, notable por la profusión de viandas crudas, de tabaco y aguardiente, dura una semana entera.

Los tártaros pueden tener muchas mujeres. La primera esposa es la dueña de la casa; las esposas siguientes le deben respeto y obediencia. Como la clase de los lamas, que la política china tiende á fomentar, es numerosa, la poligamia le parece á Mr. Huc en el estado actual de la Tartaria un remedio contra el libertinaje.

El divorcio está admitido y se usa con frecuencia. El marido devuelve simplemente la mujer á su familia, diciendo que no la quiere guardar mas, y como estos no restituyen los bueyes y carneros que recibieron en cambio, no se quejan, esperando hacer una nueva venta.

Las ocupaciones de los hombres son poco numerosas. A veces van á la caza, aunque este ejercicio no es en ellos una pasión; los ciervos ó faisanes que matan los regulan á sus reyes. Llevan sus ganados á buenos pastos. Cuando se les escapa un animal, siguen á galope su pista hasta que dan con él. A veces, armados de una vara larga, á cuya punta han hecho un nudo corredizo, se precipitan sobre los pasos de un caballo indómito; cuando lo alcanzan, tomando las riendas con los dientes, cogen la vara con las dos manos, y echándose hacia adelante, hacen pasar el nudo corredizo por el cuello del caballo; este se para comunmente; algunas veces cuerda y vara se rompen, pero el jinete no cae de su caballo.

Apenas dejan los pechos, los tártaros aprenden á montar á

caballo. Verdaderamente son los centauros de la fábula; el hombre parece nacido sobre el caballo. Los mongoles duermen en sus viajes á caballo ó sobre el camello sin apearse jamás.

Cuando un tártaro se fastidia de guardar el rebaño, ó de fumar acurrucado su pipa en la tienda, coge el látigo, monta á caballo, y se lanza en el desierto al azar; y cuando ve alguna gacela ó tienda se vuelve satisfecho de haber hablado algunas palabras con un extraño.

Las mujeres hacen una vida mas activa. Además del gollado doméstico, tienen á su cuidado la costura, el adobo de las pieles y el arreglo de la lana. Ellas hacen vestidos completos desde los pies á la cabeza; su trabajo, hecho lentamente con instrumentos imperfectos, parece indistinguible. Y aún brillan en un trabajo mas delicado y que causará admiración: «¿Quién no se encontraría en Francia, dice Mr. Huc, bordados tan acabados y hermosos como los que hemos visto en Tartaria?»

La hospitalidad es la virtud del desierto. «¿Cuántas veces he visto los misioneros á ginetes que corrían hacia ellos para decirles: «Los hombres son todos hermanos, y se pertenecen unos á otros; nosotros venimos á enseñar vuestro fuego.» O bien: «Venid á descansar algunos días entre nosotros; vuestra presencia nos acarreará la paz y la felicidad.»

Los mongoles son muy religiosos; esta disposición de su carácter, unida á la dulzura de sus costumbres, les vale la preferencia que les dan los misioneros; sin embargo, el sentimiento religioso no parece en ellos muy elevado, y se confunde con la credulidad del niño, cuya imaginación recibe como la cera toda clase de impresiones.

Los hombres negros tienen en los lamas una confianza absoluta; estos sacerdotes les inspiran una veneración sin límites, pero no de interesada. Solos, en efecto, los lamas participan de la ciencia de la Tartaria: los lamas son sacerdotes, pintores, escultores, arquitectos, médicos, adivinos; ellos son todo.

Si algunos trabajos suyos tienen mérito, la mayor parte de ellos son muy imperfectos, y á veces grotescos. Su medicina es poco complicada; solo emplean algunos simples ó papélitos, en que inciben algunas palabras, y que el enfermo traga con una confianza ejemplar. Nos equivocamos en decir que no conocen otros remedios, porque los citados son solo preparatorios. Como toda enfermedad debe imputarse á la presencia de un demonio, los verdaderos remedios son los conjuros y exorcismos. Si la enfermedad es tenaz, y sobre todo si el paciente es rico, una ceremonia infernal da al enfermo un sacudimiento tan fuerte, que si no lo pone en pié, es porque lo envía al sepulcro instantáneamente.

Los lamas sirven raras veces al público, si no piensan sacar fruto de su trabajo. Por eso los pobres se resignan á no llamarlos ni para la celebración de los funerales. Los cadáveres son trasportados sin aparato á la cima de las montañas ó al fondo de los barrancos, donde las aves de rapiña ó las fieras los devoran muy pronto; así, no es preciso andar mucho por el desierto para tropezar con restos de esqueletos. Pero si el muerto es rico, su cuerpo, puesto en pié en una especie de horno, es quemado, mientras que los lamas recitan oraciones. Cuando se apaga el fuego, se sacan los huesos y se llevan á un gran lama. Este los reduce á menudo polvo, lo mezcla con trigo, lo petrifica todo junto, y con esta pasta compone pasteles de diferente grosor, que superpone de manera que formen una pirámide. Los huesos así preparados se trasportan al sepulcro, que los espera. Los lamas gozan siempre de estos honores fúnebres.

Otra clase de sepultura hay que revela un pueblo bárbaro y grosero; la reservada á los reyes. Un edificio de ladrillo, adornado anteriormente con estatuas de piedra que representan asuntos diferentes, les sirven de mausoleo. En este monumento hay una estensa bóveda, adonde se transporta el cuerpo, y junto á él se ponen vestidos, piedras preciosas, oro y plata en mucha cantidad, todo lo que sirve para hacer agradable la vida. En pié alrededor del cadáver se colocan jóvenes de ambos sexos, á quienes se les ha quitado la vida haciéndoles tomar mercurio; merced á la procedencia, su cara, según se dice, conserva su frescura, como si estuvieran vivos. Estos tienen en la mano la pipa, el abanico y el frasco del tabaco de su señor. Una multitud infernal pone los tesoros encerrados en estos sepulcros al abrigo de toda tentativa de robo; esta máquina, compuesta de numerosos arcos, está dispuesta de tal suerte, que cuando la puerta de la bóveda se abre, el primer arco lanza una flecha, y hace partir sucesivamente las restantes.

Los mongoles no desean que sus cuerpos descansen en los lugares donde han colocado su tienda. Ciertos países son famosos porque procuran á los muertos una buena trasmigración, y los parientes ó amigos de estos emprenden frecuentemente largos y penosos viajes para conducir sus cadáveres á estas felices regiones. El lugar mas favorecido para sepultura es la lamasería de las Cinco-Torres, en la provincia de Chan-Si.

La vecindad de Buddha santifica el país circunvecino, porque hace siglos que este dios habita en el interior de aquella montaña. ¿Sois bastante piadoso para comprar á costa de algunas fatigas la vista del vijo Buddha? Intentadlo. Esto es lo que ha hecho en 1842 el noble Tokura; después de haber depositado piadosamente en las Cinco-Torres los huesos de sus padres, se puso á subir arrastrándose á la cima de la montaña que está detrás de la lamasería.

Hé aquí cómo cuenta él mismo la feliz vision: «Antes de llegar á la cúspide, se encuentra un pórtico llamado en la roca. Se postra uno en tierra boca abajo, y se mira por un agujero tan pequeño como el de la embocadura de una pipa; se está así largo rato antes de distinguir algo; poco á poco se adquiere el hábito de mirar por aquella abertura, y se logra por último la dicha de percibir en lo profundo de la montaña al vijo Buddha. Está sentado con las piernas cruzadas y sin hacer nada; en torno suyo están los lamas de todos los países haciéndole continuamente profundas reverencias.»

Buddha no está difícil de contemplar siempre; ó al menos, si el vulgo no puede aspirar á la dicha de ver las facciones del vijo Buddha, puede muchas veces mirar una de sus innumerables encarnaciones. No solo el Tala-lama, jefe supremo de la religión, sino todos los grandes lamas que ocupan un rango análogo al de los abades ó obispos católicos, cuyo traje llevan (cosa singular que admiró á los sacerdotes lazarietas), todos los grandes lamas son Buddhas, y participan de la naturaleza divina. Por esta circunstancia la muerte no los hiere sino de una manera imperfecta. Cuando el cuerpo de un Buddha se convierte en cadáver, se le rinden los honores supremos, y se busca en

seguida su alma, la cual acaba siempre por encontrar en el cuerpo de un niño, que se reconoce al punto como gran lama, volviendo así a tomar posesión de la lamaseria, de la que solo se habia alejado momentáneamente.

Las lamaserias son pueblos que habitan únicamente los lamas. Como no hacen la vida nómada, en lugar de tiendas habitan casas. En las lamaserias, como en otro tiempo en los monasterios, se encuentran quizás gérmenes de una civilización mas avanzada, seguramente los únicos vestigios de la actual.

Este pueblo de pastores, perdidos en un inmenso territorio, en que traen una vida pobre y miserable, cuyas costumbres están lejos de ser belicosas, ha sido, no obstante, un pueblo que ha hecho temblar al mundo. Los chinos no han olvidado que sus tributarios han sido sus vencedores y señores: en efecto, apenas hace dos siglos que sus antepasados levantaron, para defenderse contra las incursiones de los tártaros, la gran muralla que viene ahora a tierra. Pero los descendientes de Gengis kan no piensan actualmente en atravesarla. Sin embargo, los mongoles no han perdido el recuerdo de sus pasadas glorias; durante su descanso, se cuentan unos á otros las hazañas de Gengis kan y Tamerlan, y sueñan todavía con proyectos de invasión y de conquista.

En Mongolia hay una especie de bardos que, semejantes á los trovadores de la edad media, recorren el país, y van cantando de tienda en tienda, acompañándose con un instrumento de tres cuerdas parecido á un violín, las poesías compuestas por ellos, ó las que han recogido transmitidas de generacion en generacion. El mas famoso de estos cantos patrióticos, el canto de Timur ó Tamerlan, es un recuerdo de guerra y conquista, junto con el deseo de ver renacer tan gloriosos tiempos. Citamos las primeras estrofas:

«Cuando el divino Timur habitaba nuestras tiendas, la nación mongol era temible y guerrera; sus movimientos estremaban la tierra; con una mirada helaba de espanto á los diez mil pueblos que alumbró el sol.

«Oh divino Timur! ¡renacerá pronto tu grande alma!

«Vuelve, vuelve, te esperamos, Timur!

«Nosotros vivimos en nuestras vastas praderas, tranquilos y pacíficos como corderos: sin embargo, nuestro pecho hierve, y el corazón está lleno de fuego. El recuerdo de los tiempos gloriosos de Timur nos acusa incesantemente. ¿Dónde está el jefe que debe ponerse á nuestra cabeza, y hacernos soldados?»

«Oh divino Timur! ¡renacerá pronto tu grande alma!

«Vuelve, vuelve, te esperamos, Timur!»

El canto continúa en el mismo tono, y concluye así:

«Dispuestos estamos, los mongoles están en pie, oh Timur! y tú, Lama, derrama la dicha en nuestras flechas y nuestras lanzas.»

Aunque M. Huc no juzga imposible que los mongoles se levanten un día tan impetuosos y terribles como en otro tiempo, respondiendo á la voz de alguno de sus sacerdotes, hasta ahora estos hombres guerreros parecen mas bien un recuerdo de un poder desvanecido, que una excitación que puedan temer sus vecinos. Sus príncipes van todos los años á enviar pomposas embajadas á la corte del grande Khan de Peking á deponer sus tributos y adorar el trono que ocupó uno de los suyos; y se tiene por muy dichoso aquel que, prosternado en el camino del Santo-Señor, puede entrever el extremo de su túnica amarilla, cuando se dirige al templo ó reverencia los espíritus de sus antepasados.

F. M.

LOS BANDIDOS DE LOS KARPATAS.

El papel que los esclavos parece que están llamados á representar en la historia de Europa, da interés á todo lo que nos hace conocer las costumbres y los usos de las numerosas ramificaciones de esta raza.

Pueblos de origen esclavo habitan gran parte de los Kárpatas. Uno de los mas notables es el que lleva el nombre de tártaros. Los tártaros no tienen hoy mas ocupación que cultivar la tierra y guardar rebaños; pero hubo un tiempo, y no muy distante del nuestro, en que aquellas apacibles montañas causaban terror á las comarcas circunvecinas, y pasaban por ser los mas terribles bandidos de los Kárpatas. Esto consiste en que á los ojos de los tártaros el oficio de ladrón de despoblado es una de las fases del oficio militar; el bandido espone su vida, se bate con valor, mata ó es muerto. ¿Qué diferencia hay entre él y un héroe de Homero? El botín que recoge lo gana con su sangre y sus fatigas; débil recompensa es lo que roba comparado con el trabajo que le cuesta. Haber sido bandido no deshonra entre los montañeses de los Kárpatas; por el contrario, se hace grande de ello, y ser hijo de un bandido es un título de recomendación y casi de nobleza.

Cuando no tienen ocasion de distinguirse en los Kárpatas, se van á los cosacos zaporogos, donde pueden ejercer su valor en mayor escala y con menos peligro; y cuando han recogido de esta manera un pequeño peculio, vuelven á su país y cultivan pacíficamente su campo.

Un viajero polaco refiere que ha conocido á algunos de estos salteadores de caminos que eran buenos granjeros, excelentes padres de familia, y que gozaban de la estimación de todos sus conciudadanos.

Un hombre de cerca de cuarenta años, gordo, pequeño, pálido, con las piernas torcidas, la cabeza enorme, feo, pero robusto, estaba decidido á hacerse salteador, y no lo disimulaba. Los laureles de algunos de sus camaradas le quitaban el sueño. No hablaba de otra cosa, y todo el mundo apoyaba su propósito. Una mañana compró el equipo necesario, y apareció en el campo con el machete colgado á la muñeca, la carabina á la espalda, un puñal y las pistolas á la cintura, y un morral pendido de esta suerte, á una montaña próxima á su aldea, en el borde de un bosque, donde escogió para vivienda una especie de gruta formada por dos peñascos cubiertos de follaje.

Emboscado en aquel agujero como en un fuerte, monta su carabina, mira á uno y otro lado, aplica el oído al menor ruido: se planta de centinela en mitad del camino; ningún viajero se presenta. Tres días trascurren: así se despecha, se enfurece y no puede mas; sus provisiones se han acabado; hace frío y

llueve; nuestro aprendiz de bandido no resiste mas; renuncia á la gruta, vuelve á su aldea (menos á endereado que el héroe de Cervantes), con los ojos encendidos, las facciones alteradas, los cabellos en desorden. Ha probado la vida de la montaña: ha sido bandido de intencion; esto basta. Por otra parte, en caso de necesidad, se inventa el hecho: nada es mas fácil. Pasa por un valiente; su amor propio está satisfecho.

El salteador mas célebre de aquellos cantones se llamaba Yanochyk; vivia á fines del siglo pasado.

Millares de historias se le atribuyen: los montañeses lo han hecho el tipo ideal de los bandidos. Ellos han concentrado en su persona todas las cualidades morales y físicas del héroe antiguo; estatura colosal, figura noble y espreiva, inteligencia poco comun, fuerza hercúlea, destreza, bondad, magnanimidad, intrepidez. Poseia además la facultad de evocar los espíritus, de obliarlos á secundar sus designios, de forzarlos á revelar todos los secretos de este mundo y los del otro. Hemos olvidado decir que Yanochyk unia á las virtudes indicadas una piedad ejemplar, que le sirvió mucho en frecuentes ocasiones.

Un día encontró á un pobre estudiante de la Podolia, con el cual trabó conversacion: el estudiante se prendió de los modales y del lenguaje de Yanochyk, y solicitó alistarse en su partida, cosa que el ladrón no rehusó. Algun tiempo despues el estudiante se dejó seducir por los heiducos, y se comprometió á entregar vivo ó muerto á Yanochyk. El fué á buscar una mañana á este en el momento en que hacia su oracion habitual de rodillas ante una santa imagen. El taidor le apunta, y le salta el tiro. Yanochyk continúa rezando como si tal cosa; el asesino dispara otra vez, y el tiro no sale. Yanochyk sigue rezando: el traidor vuelve otra vez á la maniobra, pero sin éxito; visto lo cual, huye. Yanochyk no se levantó hasta despues de haber concluido sus devociones: corrió tras del asesino, lo alcanzó, y lo mató. Su piedad lo habia salvado.

El hacha de armas de Yanochyk participa de la gloria de su dueño en los encantos populares. No era necesario que él la llevara consigo; bastaba que la llamara á su socorro para que ella acudiera de los puntos mas distantes. Ella representa un papel importante en los últimos momentos de Yanochyk, cuando entregado á la policia por la mujer á quien amaba, vió cortado el hilo de sus hazañas prematuramente. Su pérdida querida, conociendo la propiedad del hacha de Yanochyk, tuvo la precaucion de cerrar á en nueve cajas, con nueve cerraduras diferentes. Cuando Yanochyk se vió rodeado de gente armada, silbó para que acudiera su hacha de armas; esa logró quebrantar ocho cajas, pero no pudo romper la novena, porque el número nueve tiene un poder particular.

No se sabe con seguridad qué fin tuvo Yanochyk: segun unos, fué ahorcado; segun otros, murió de muerte natural. En el valle de Kosciel se enseña una gruta en la que se pretende que fué hallado, hace algunos años, un esqueleto humano de prodigioso tamaño; los campesinos no dudan que era el de Yanochyk.

Un granjero del pueblo de Druzbak, llamado Bogdan, se habia atraído la animadversión de un jefe montañés que era del mismo pueblo. Bogdan prevé que el bandido atentar á su vida. Para conjurar este peligro imagina el medio siguiente: se concierta con dos paisanos suyos y hace como que los apalea, á fin de ofrecerles un pretexto para que huyan á las montañas. Con efecto, al día siguiente del apaleo, los dos paisanos, siervos suyos, son admitidos en la banda del salteador, y conquistan la confianza del jefe y la de sus camaradas. Trascurren seis meses. El bandido, cuya cabeza habia sido pregonada, resuelve atacar la granja de Bogdan, y matar á su enemigo. A este fin se aproxima á Druzbak; circunstancias particulares le obligan á dividir en dos bandas su cuadrilla; envia por delante á la mayor parte, y guarda consigo á dos camaradas de prueba: eran justamente los dos siervos de Bogdan. Esperando el regreso de los otros, el jefe se pone á consultar la suerte con hadas, segun el uso de los montañeses de los Kárpatas. Al primer golpe frunce el ceño; al segundo esclama: ¡Malo! Al tercero se levanta agitado, y dice á sus dos falsos hermanos:

«Amigos míos, uno de nosotros tres debe perecer esta noche; ó vamos á ser sorprendidos por los heiducos, ó uno de vosotros me venderá. Los dos tráfugas tuvieron miedo, pero lograron ocultar su emocion. El bandido les esplicó la posición de las hadas, y repitió que uno de los tres perderia indefectiblemente la vida aquella noche. Mientras comprueba su cálculo, los dos paisanos se apartan un poco, le apuntan, y cae bañado en sangre.

Los bandidos de los Kárpatas tienen una literatura, es decir, canciones en bastante número, donde se reflejan sus costumbres. Vamos á reproducir algunas.

LA VOCACION.

«Dicen los de mi pueblo que me haré bandido. No sé lo que será: lo cierto es que no quiero ser tabernero ni labrador; más quiero correr los montes y los bosques. Cierto que si me cogen me ahorcarán, me pondrán en un poste, y mi cuerpo flotará al viento. No temas nada, hermosa mia; no te aflija el que me vaya, que te juro por Dios ser tuyo siempre.

«Oh arce! ¡arce de lucientes hojas! Dios le dé buena fortuna al bandido!»

EL MARIDO BANDIDO.

«Juana, mi querida Juana, vete á casa; yo te caso no sé con quién; te caso con Yamko, intrépido montañés.

«Yamko, Yamko! tú tienes por oficio el ser bandido. Tú conoces los desfiladeros de las montañas. Tú partes por la mañana; tú no vuelves hasta la noche, y me dejas sola. ¡Desgraciada de mí!

«A tí no te gusta oír misa; jamas vas á ella. Tu sable está siempre manchado de sangre. Yamko Yamko! ¿dónde has estado? ¿dónde has enrojado la hoja de tu acero?

«Yo he rebajado la piedra de la ventana á puro de tener en ella puestos los codos: de día y de noche suspiro y lloro, sin poder dormir.

«Su marido trae un día un lió de lienzo; pero él le prohíbe que lo desarrolle; ella lo deshace y encuentra una mano.

«Una manecita derecha que tiene una sortija de oro en el dedo meñique: en este anillo hay tres berturas pequeñas. ¡En verdad, dice ella, esta es la mano derecha de mi hermano!

«Ella va corriendo á casa de su madre, y toda turbada le

pregunta: madre mia, madre mia, ¿falta de casa alguno de mis hermanos?

«¡Hija mia! los siete están aquí, excepto el mas joven.

«Así pasó un año, año y medio pasó, y Dios le envió un hijo. «Hijo mio, ro, ro, hijo mio, no seas como tu padre. Antes te liciera pedazos, y arrojaria tus miembros á los buitres.

«Yamko ha oído la cancion de su mujer: sofocado de cólera grita: Canta, Juana, cántame esa cancion.

«Ro, ro, hijo mio, ro, ro. Si llegaras á ser como tu padre, de gozo lloraria, y te pondria pañales de seda.

«Vamos, Juana, ponte el vestido de gala, y vamos á dar una vuelta.—Dos años hace que soy tu mujer, y desde entonces no he salido á paseo.

«El la coge de la mano y la lleva á las montañas; allí le saca sus hermosos ojos, negros como el azabache; le corta sus blancas manos, y le dice: ve, Juanita, ve á buscar á tu hijo, que te llama y llora.

«Al concluir estas palabras penetró en la espesura, y no se ha vuelto á saber nada de él.»

Esta balada se apoya en un hecho positivo que refieren los pastores. Un montañés tenia siete hijos y una preciosa hija. Muchos jóvenes obsequiaban á la bella niña. Entre ellos habia un bandido. El montañés, que no miraba por desgracia suya con aversion á los salteadores de caminos, lo prefirió á los demás pretendientes, y le concedió la mano de su hija. Esta no sospechaba la horrible verdad. Veia ausentarse á su marido durante semanas enteras; ella sabia que las pasaba en ásperas montañas; pero no sabia con qué objeto hacia estas escursiones. Un día se aventuró á preguntárselo; le dijo que por qué no le permitia registrar su armario, y por qué no le daba nunca la ropa sucia. (Estos fueron los dos signos que le hicieron conocer que era bandido). No logró respuesta alguna. Una noche vuelve á casa bañado en sudor, fatigado y con la espada ensangrentada como de costumbre. Su mujer se arroja á sus piés, y le suplica que le diga la verdad; pero sus instancias son inútiles. Abrumada con el peso de horribles sospechas, deja trascurrir algunos días, aprovecha una ocasion y abre el armario de su marido; allí encuentra entre otros objetos una mano cortada que tiene en el dedo meñique un anillo, causa del crimen; la pobre mujer lo coge, y ve que era el anillo de su hermano. Viendo esto no puede ya dudar; su marido es un salteador de caminos.

Poco tiempo despues da á luz un niño, como lo dice la cancion. Un día, arrullándolo, le dice que no siguiera las huellas de su padre. La casualidad hizo que el bandido llegase á la sazón y oyese el inocente consejo. El se considera descubierto, disimula, y acercándose á su mujer, le ruega que repita el cantar. La desdichada cambia las palabras, y dice todo lo contrario. El bandido le dice que se vista para ir con ella á una fiesta; la lleva á un bosque solitario, y allí le corta la mano porque ha abierto su armario, y le arranca los ojos porque ha registrado su ropa. En seguida se apartó de ella, y no ha vuelto á saberse de él.

¿Habrá todavía quien tenga simpatías con los bandidos, entre aquellos montañeses, despues de oír tal historia; una de las mas comunes que pueden ocurrir entre los malhechores, que mojan diariamente sus manos en la sangre de sus víctimas?

EPIGRAMA.

Al hacer un inventario,  
Para aprovechar papel,  
Así se expresaba en él  
Un conciso secretario.  
«Y una bula se encontró  
Que diligente leí,  
Cuyo tenor dice así:»  
Y en seguida la copió.

E. FLORENTINO SANZ.

Romance ruso-morisco.

Sobre una yegua arrogante,  
que el viento deja á la cola,  
rasga un turco el denso velo  
de la noche tenebrosa.  
Negra levita abrochada  
su cuerpo gentil adorna,  
que hasta los moros ¡oh mengua!  
gastan faldones ahora.  
Cual las botellas el lacre,  
tal su cabeza corona  
un bonete colorado  
con luenga sérica borla.  
Lleva ceñido un alfanje  
y en el arzon dos pistolas;  
ancho calzon de trabillas  
y charoladas las botas.  
Con sus lágrimas amargas  
los negros bigotes moja:  
que, cuando tienen los turcos  
por qué llorar, también lloran.  
Ya llega donde las gentes  
del autócrata reposan,  
de un pueblo que fué morisco  
en las expropiadas chozas.  
Pára entonces su caballo,  
contempla el campo, solloza,  
y de esta suerte se queja,  
gemir haciendo á las rocas:  
«¡Oh tú, la mora mas guapa  
y la turca mas remona,  
que en sus espléndidas calles  
admiró Constantínopla!  
La de pescuezo de cisne,  
la de sonrisa de aurora,  
la de cuerpo de gacela,  
la de amor de mariposa.  
Duerme, duerme en esos brazos  
que de mi lado te roban,  
y ojalá, pérdida, fuera  
eterno el sueño en que roncas.»

Me dejas á mí, que al cabo  
no tengo mala persona,  
y de las greñas y barbas  
de un cosaco te enamoras.  
Plegue á Alá que en los bigotes  
se le enrede cuanto coma,  
y que le gu-ten los puches  
y los fideos en sopa;  
Y que al llegar el verano,  
sirvan de nido á las moscas,  
y que te pinche con ellos  
si te besare en la boca.  
¡Buen gusto tienes! bien dicen  
que entré cristianas y moras,  
el elegir lo mas malo  
es propio siempre de hermosas.  
Dejas al noble Reschad,  
al pobre turco abandonas,  
y te vas con esa fiera  
de su jamelgo en la popa.  
Con él vivirás en Rusia  
ó en la guerra con zozobras,  
curando, cuando le hieran,  
sus heridas hediondas.  
Allí verás cómo en hielo  
tu ardor natural se torna,  
y cómo en manos y orejas  
los sabañones te brotan.

Que no es su nombre plebeyo  
Lo comprenderá el mas payo,  
Recordando que es tocayo  
Del vencedor de Pompeyo.  
Y en fin, tan dichoso ha sido  
En el poder que concentra,  
Que en el zodiaco se encuentra  
Por un leon presidido.

Alta es de julio  
La condicion,  
Y alzar debemos  
Robusta voz,  
Cuando su guardia  
Nos da el leon,  
Que el alma infunde  
Tanto valor.

Pero es verdad pura y neta  
La del refran castellano,  
Que en este mundo tirano  
Nunca la dicha es completa.  
Como dura oposicion,  
O bien para gloria y fama  
De esas que la ciencia llama  
Leyes de compensacion,  
Mientras á ahuyentar se apresta  
El leon la pesadumbre,  
Febo derramando lumbre

Y que la fibra  
De la ambicion,  
Nunca se encorva  
Con el calor.

Además, el orbe entero  
Compadrece el hado triste  
Del amor que no reviste  
Las formas del reverbero.  
Y si siempre este señor  
Mereció en el mundo palmas,  
Y Julio enciende las almas  
Como alumno del amor;  
Bien haya el mes que así aguza  
Los dardos abrasadores,  
A pesar de los temores  
De esta cancion andaluza:

—Francisca.  
—Señor.  
—¿Qué tienes?  
—Calor.  
—Mira, no te arrimes  
Al fuego de amor,  
Que te harás un chicharron.

No es que julio á los amores  
Blandamente arrulla ó meza  
Con la preciada belleza  
De sus hojas y sus flores.  
En esta estacion cruel,  
En el rigor del estío,  
Parece que huye el rocío  
Y la hermosura con él.  
Las plantas con su actitud  
El curso del tiempo miden,  
Y lánguidas se despiden  
De la dulce juventud.

¿En qué consiste  
Tal reaccion?  
¿Por qué este cambio  
Triste y veloz,  
Cuando su guardia  
Nos da el leon,  
Que infunde al mundo  
Tanto valor?

Porque el sol canicular  
Que en sus redes nos encierra,  
Dando esa calma á la tierra  
Que desespera en el mar;  
No por eso en su violencia  
Nuestra razon prostituye,  
Ni la actividad destruye  
Que tantos bienes agencia.  
Mas bien, mirando al peculio,  
Imán de tantos sudores,  
Si en mayo nacen las flores  
Los hombres viven en julio;

Aunque se dice,  
Con tal razon,  
Que mal pudiera  
Negarla yo,  
Que no hay virtudes,  
Gloria ó pasion,  
Que no desmayen  
Con el calor.

Reme, pues, la humana banda  
En esta mansion bendita,  
Puesto que el tiempo la invita  
Y su bienestar lo manda.  
Que á pesar de la acritud  
Con que alguno lo condena,  
Si el trabajo es una pena  
Constituye una virtud.  
Y ogame así como antaño  
Por el comun interes,  
Cojamos en solo un mes  
El sustento para un año.

En los mortales  
Haya teson,  
Y nadie esquivé  
La frente al sol,  
Cuando su sombra  
Nos da el leon,  
Que al pecho infunde  
Tanto valor.

Saco aquí por consecuencia  
Y corolario y escólio,  
Que de sentencia en sentencia  
Puede hacerse un libro en fólio.  
Pero yo, que soy metódico,  
Solo he buscado manera  
De completar la postrera  
Página de mi periódico.

Y aquí se apaga  
Mi inspiracion,  
Y aquí el aliento  
Falta á mi voz:  
Que aunque su guardia  
Nos da el leon,  
Que al alma infunde  
Tanto valor,  
No hay lira humana,  
No hay musa, no,  
Que no se postre  
Con el calor.

J. M. VILLEGAS.



Alegoría del mes de Julio.

¡Ay! ya te veo entre pieles  
envuelta, Fátima, toda,  
por detrás y por delante  
viva imágen de una osa.

Allí, no en rico serrallo  
vivirás mandando á otras,  
que te sirvan de ayudantes  
en las faenas de esposa.

Y si tu amante á lo menos  
fuese un bajá de tres colas,  
ó un general de seis efes  
cuatro kaas y siete jotas,

O ese Czar, á quien humildes  
las Rusias todas doran,  
y eso que nadie en el mapa  
ha visto mas que una sola.

¡Pero un cosaco! Dios quiera  
que te le parta una bomba,  
ó que un inglés zanjilargo  
con cloroformo le coja;

Y que llevándole á Lóndres  
en una jaula le pongan,  
y en el Zoological Garden  
le enseñen como una mona.

Quando aquí el turco llegaba,  
vió brillar entre las sombras  
los cascos con pararrayos  
de rusas montadas tropas.

Desnuda el fúlgido alfanje,  
la rienda al caballo afloja,  
y en las filas enemigas  
á morir entra con honra....

Cómo acabó tal combate  
es noticia que se ignora;  
pero Buol y Nesselrode  
nos lo dirán en sus notas.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

### EL MES DE JULIO.

Para celebrar la pompa  
Del bravo mes que me inspira,  
Casi mejor que la lira  
Debiera sonar la trompa.

Nuestros corazones tuesta.

Y es muy difícil  
Que un trovador,  
La nota alcance  
Del sí bemol.

Quando no hay musa,  
Ni humana voz,  
Que no sucumban  
Con el calor.

¡Qué diablo! Alumbra la esfera  
Con su disco el viejo loco,  
¡Y arda Troya! y si esto es poco,  
Salga el sol por Antequera.  
Desdenemos sus abusos,  
Y eso de agachar la frente  
Ante el fuego del Oriente,  
Quédesé para los rusos.

Que entre el frio y lo caliente,  
Segun opinion de Esquilo,  
Mas vale sudar el quilo  
Que pegar diente con diente.

Y fuera mengua  
De un español  
Ceder el campo  
Sin ton ni son,  
Quando su guardia  
Nos da el leon,  
Que al alma infunde  
Tanto valor.

Si el calor causa el marasmo  
Quando con sus rayos pica,  
Tambien abre y vivifica  
Las fuentes del entusiasmo.

¿Quién de hazañas varoniles  
Aún alimenta el deseo?  
¿El ardor de Idomeo  
Y el fuego patrio de Aquiles?  
Camilo, el Cid y Rolan  
Cada cual dar supo al agua  
Su pecho, que era una fragua,  
Por no decir un volcan.

Manifestando  
Con decision,  
Que eran guerreros  
Y hombres de pró;